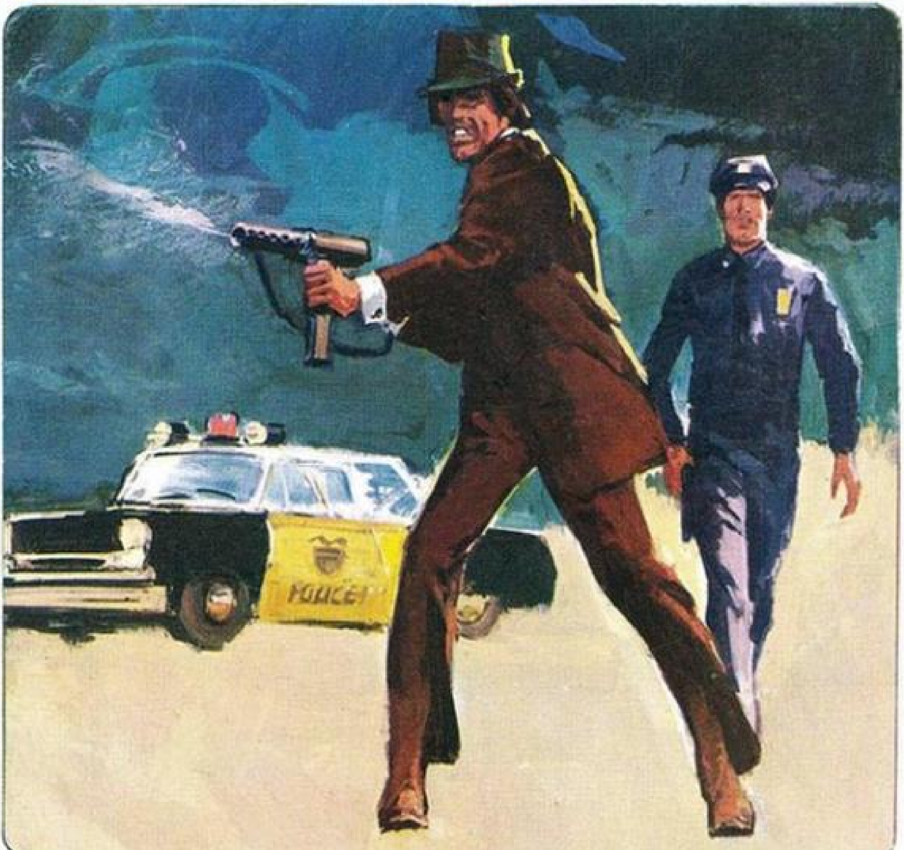
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

SILVER KANE

TODA UNA HILERA DE TUMBAS



COLECCION
LA HUELLA

SILVER KANE

TODA UNA HILERA DE TUMBAS

Colección LA HUELLA n.° 62
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 45.322 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Soy el primero en reconocer que mi oficio puede, en apariencia, despertar envidias de muchas gentes, de muchos hombres en especial. Casi todos los que me ven entrar cada mañana en mi lugar de trabajo y además sin estar demasiado sujeto a horas rígidas, deben pensar: «¿Pero a ese tío, encima, para hacer eso, le dan dinero?».

En efecto, cada día, sobre las diez, pero si son las once no importa, dejo mi magnífico «DS 21» en la plaza Vendôme, en el sitio más aristocrático de París. Allí tengo un aparcamiento reservado, que la casa donde trabajo cuida, pagando por él más dinero que si allí hubiera petróleo. Entro en un despacho para mí solo, cargo la pipa, enchufo el tocadiscos estereofónico y me pongo a pensar.

De vez en cuando, por si fuera poco, pasan ante mí bellas mujeres, con las más variadas vestiduras y en las posturas más lánguidas, más sugestivas o quién sabe si más perversas. Me hablan, se sientan ante mi mesa, y me confiesan sus problemas más íntimos.

Pero a todo esto, usted se está preguntando: ¿y de qué trabaja ese tío? ¿De novelista?

De novelista, le puedo asegurar que no. Ni tendría un despacho en la plaza Vendôme de París, ni las mujeres se interesarían lo más mínimo por lo que pudiera ocurrirme. Lo único que tendría es la pipa, pero eso está al alcance de cualquier mortal. Las hay de medio dólar.

En fin, ¿de qué trabajo?

Tampoco soy espía internacional, ni general al servicio de la OTAN, de esos que cobran magníficos sueldos por llenar de vez en cuando unas fichas, diciendo las divisiones que deben tener los rusos, y que generalmente son siempre el doble o la mitad de lo que

ellos suponen. Soy, sencillamente, un figurinista del modista D'Arcy, uno de los más famosos de París. El figurinista exclusivo, y el que tiene a su cargo todas las ideas de la moda.

Cuento veintisiete años, tengo una elevada estatura, y de puños no estoy mal. Pero cuando digo que soy figurinista de modas, la gente se ríe. Algunos casi se carcajean.

Lo cierto es que, aunque los otros se rían, yo tengo grandes comodidades y vivo bien. Mi cargo me obliga a hacer confeccionar gasillas con los modelos ideados. Entro y salgo de los vestuarios como si aquello fuera mi casa. He visto más mujeres que un sultán. A algunas les falta poco para considerarme algo así como un mueble.

Les confesaré, de todos modos, una cosa: no me excitan en absoluto. Quizá porque veo a tantas, y conozco al dedillo sus pequeñas miserias. O tal vez porque las modelos no son mujeres en el sentido estricto de la palabra, sino solamente perchas.

Hay algunas que no tienen ni caderas, ni espalda, ni nada. Son simples líneas rectas, de las que se han borrado todo atributo femenino. Y cuando un día tienen mejor color porque se han comido un bocadillo, D'Arcy les dice: «Muchacha, por este camino no podemos seguir: estás gordísima». De modo que la modelo vuelve a los cien gramos de jamón en dulce y el vaso de agua como alimento de cada jornada. Algunas muestran tanto hueso que no pueden ni ir a ver una película de Pluto, porque el famoso can saltaría a la sala. Pero para D'Arcy resultan ideales, porque, como no tienen nada, puede hacerlas a su medida. ¿Necesitan pecho? Pues se colocan dos globos que se inflan. ¿Caderas? Hay algunas artificiales que son un portento y, además, se les puede dar la forma adecuada. ¿Hombros caídos? Pues se echa mano de las hombreras. ¿Necesitan parecer muertas que andan? Pues entonces se las deja como están.

Pero usted se preguntará: ¿qué puede contar un hombre que hace ese trabajo? ¿Nos va a decir que ve cientos de chicas en combinación? Bueno, pues si son tan flacuchas y paliduchas como dice, peor para él. ¿Y nos va a contar qué clase de abrigo llevarán

las señoras, este otoño? ¡Pobre de él, como se atreva!

No, no voy a hacer nada de eso. Yo sólo quería contarles, en principio, cómo maté a
D'Arcy.
¿Les he aclarado ya que
D'Arcy
es mi jefe, o mejor dicho, lo era? Sí, claro que se lo he contado. Y ustedes tal vez se pregunten: ¿qué necesidad tenía de matar a su jefe? Claro que sí, amigos. Si no hubiera pensado eliminar a
D'Arcy,
¿creen que me hubiera puesto a sus órdenes, para ganarme su confianza? ¿Para qué creen que vine a París sino para acabar con él?

A
D'Arcy
lo acorralé una noche, en el Sena. Fue un trabajo sencillo, limpio y asquerosamente fácil. Pretexté que tenía estropeado mi coche, y él se ofreció a llevarme en el suyo. Yo le dije que me había mudado a un chalet en el Bosque de Bolonia, lo cual no era cierto. El caso fue que a las diez de la noche, cuando nos introdujimos por aquellos vericuetos donde no brilla una luz, le disparé dos balazos a quemarropa.
D'Arcy
murió sin darse cuenta, sin enterarse de nada. Tomé el volante, puse el coche a toda marcha por un sendero lleno de árboles, y salté a tiempo antes de que se estrellara contra uno de ellos. Como esperaba, el magnífico «Rolls» de
D'Arcy
se incendió. Cuando la policía llegó, no quedaba de él más que chatarra, y del cadáver, apenas unos restos casi irreconocibles.

Los identificaron, sin embargo.

Los periódicos dieron en grandes titulares la noticia, especialmente France Soir y otros diarios sensacionalistas. Le Fígaro y Le Monde apenas le dedicaron más que un recuadro preferente en el mejor lugar de sus páginas de sucesos. Las noticias sobre aquella muerte aparecieron también en toda la prensa mundial, en especial en Bild, Die Welt, el Times, y el New York Herald, y cito sólo los más conocidos.

Durante una semana, la policía no nos dejó vivir. Ningún empleado estaba libre de sospechas, pero ¿quién iba a pensar mal de un inofensivo figurinista? Al fin, me dejaron en paz, y el caso quedó sin aclarar. Encima, no perdí mi empleo.

La viudita de
D'Arcy,
el cual ya había pasado de los cincuenta cuando murió, sólo tenía entonces veinticinco años, y era bonita, elegante y distinguida, y no hacía la dieta del jamón en dulce y el vaso de agua. Quiero decir que me pareció sensacional. Y enseguida ella empezó a dirigir el negocio a su modo. Una de sus primeras medidas fue subir el sueldo a todo el mundo, yo incluido.

Así da gusto.

Debo confesar que
D'Arcy
no era el primer hombre a quien mataba. ¡Oh, no! Había matado a bastantes más, aunque no en aquellas circunstancias. Hubo un tiempo en que matar se convirtió para mí en un oficio que ejercía incluso en horas extraordinarias.

Pero a todo esto, pensará usted, ¿cuál es su verdadero trabajo? ¿El de asesino a sueldo?

Amigo, pongamos las cosas en su sitio. Usted se harta de leer en los periódicos que han encontrado tal o cual cadáver sin identificar, que tal caballero se ha caído de un sexto piso en circunstancias inexplicables, y que tal otro ha aparecido muerto en su domicilio. Si usted cree que todo ello es pura casualidad, se equivoca. En algunos países del mundo no ocurren grandes cosas, porque tampoco hay grandes problemas que resolver. Pero desde el Sena hasta el Moscova, las cosas cambian. Desde París hasta Moscú existe una enorme cantidad de personas que se encuentran con la muerte encima por la sencilla razón de que era gente marcada, gente que tenía que morir. Y yo y algunos hombres como yo hacemos de verdugos.

Yo trabajo para un organismo que es secreto, y al que, por darle algún nombre, llamaremos «policía paralela». Cobro de Washington, pero eso no quiere decir que una profesión como la mía sólo exista en Estados Unidos. No, nada de eso. Precisamente, los americanos la han copiado de algunos países europeos. Las «policías paralelas»,

y repito que ése es sólo un nombre clave para identificarnos, existen hoy en casi todos los países, sobre todo los que tienen una situación política o militar muy complicada. Se trata de una policía que opera al margen de la legalidad. Si un enemigo declarado del país no puede ser eliminado o detenido por los procedimientos legales, se echa mano de nosotros. Entonces empiezan a ocurrir una serie de accidentes, que le dejan a uno asombrado. Todo ocurre por la actuación de una serie de rufianes y asesinos, pero detrás de ellos están una serie de misteriosos policías, que trabajan para dos servicios a la vez. Y es posible demostrarlo, aunque se eche tierra sobre este asunto.

Pues bien, yo he actuado en todos los países del mundo, unas veces haciendo de figurinista y otras de ilustrador de historietas, pero casi siempre dibujando, que es un arte que domino bastante bien, casi tan bien como el kárate, la pistola o el cuchillo.

Pero no sólo trabajo de un modo secreto para el Gobierno de Estados Unidos. También lo hago para alguien más.

¿Han oído ustedes hablar de Simon Wiesenthal?

Todos ustedes saben que en la última guerra mundial fueron asesinados por los nazis unos cinco millones de judíos, de ellos un millón de niños. Las circunstancias de esas muertes son tan penosas, tan desgarradoras, tan humillantes para la dignidad de la especie humana, que, como hombres, todos debemos sentimos avergonzados de ellas. Pero ya se sabe que, para que las cosas marchen, no basta avergonzarse, sino también castigar a los responsables.

Una postura cómoda fue decir que tenía la culpa todo el pueblo alemán. Y lo pagó con unos bombardeos que convirtieron al país en un infierno, además de soportar una ocupación, en especial por las fuerzas soviéticas, que fue excepcionalmente dura. Pero esta medida era injusta, como todas las soluciones totales. Los responsables eran, por ejemplo, uno de cada diez, y a ésos había que atrapar, y no a los otros nueve.

Lo curioso era que la mayoría de ellos se habían escapado y ocultado bien. Cuando reaparecían, volvían a tener altos cargos, especialmente en Alemania Federal. Una revista francesa publicó, hace tiempo, las fotos de famosos asesinos, que habían cometido grandes matanzas, y especificaban el alto cargo que ahora

disfrutaban otra vez en su viejo país. Había uno que era… ¡Jefe de policía! Habían logrado sortear los años malos, y ahora se consideraban inatacables. Y la verdad es que lo son. Los muertos están en sus tumbas, y los matadores, en sus brillantes puestos.

Pero había otros, como Eichman, que seguían siendo unos fugitivos. Eichman era el encargado de mandar a los campos de la muerte nazis los millones y millones de deportados que iban a ser exterminados allí. Los espías de Simon Wiesenthal, que tiene un fichero monumental en Viena, lo capturaron en Buenos Aires o más bien lo secuestraron, lo que no tiene nada de legal, y lo enviaron a Israel. En Jerusalén fue juzgado, declarado culpable, ahorcado, y sus cenizas lanzadas a un lugar desconocido del mar. En fin, eso ya es historia.

Bastantes Eichmans corren aún por el mundo, y yo me dedico, en parte, a buscarlos. Un trabajo me sirve para otro, y reconozco que no siempre puedo emplear métodos irreprochables. ¿Razón de mi conducta? Mis padres murieron en las cámaras de gas, a pesar de que no eran judíos, como yo no lo soy tampoco.

Hago regularmente viajes a Viena, donde cobro algunas cantidades, y recojo documentos para desplazarme a cualquier lugar del mundo. Y en cualquier sitio del mundo actúo según sean las circunstancias. Además, siempre trabajo solo. El día que me liquiden, voy a tener que ponerme la corona de flores yo mismo.

Pero ese trabajo para la organización de Wiesenthal, que me ha permitido capturar a bastantes granujas a todo lo ancho de la tierra, lo hago sólo accidentalmente, como he dicho. Lo hago como de pasada. Y si lo menciono es sólo porque de esa manera se entenderán algunas de las malditas cosas que me pasaron luego.

Realmente, dependo de Washington. Y así no es extraño que unas semanas después de la muerte de
D’Arcy,
y cuando las cosas empezaban a estar mejor, recibiera un mensaje, ordenándome el regreso.

El mensaje fue sencillo. Consistió en un tío gordinflón que se coló una mañana en mi despacho de la Place Vendôme, se desabrochó el chaleco porque la barriga le pesaba demasiado, puso los pies sobre la mesa y me largó una tarjetita donde se leía: J.
J. Apper.

Edificio, Chrysler. Nueva York.

El hombre, cuando vio que yo había leído la tarjetita, anunció:

—Vengo a comprar unos cuantos modelos exclusivos.

—¿Muchos?

—Siete u ocho docenas.

—No hacemos tantos en todo el año.

—Bueno, pues los que tengan, así, al bulto. Me los llevo todos. Pago en dólares.

—Como si quiere pagar en dracmas griegos. No tenemos ahora nada para vender. Tendría que esperar al desfile de las colecciones, que es en otoño. Faltan unos seis meses. Pero si no tiene prisa, y quiere esperar ahí, por mí no hay inconveniente. Ya haré que le traigan un bocadillo, de vez en cuando.

El tipo vio que entraban un par de modelos muy ligeritas de ropa, y que se ponían a mirar unas gasillas que habían en mi despacho.

Las repasó con los ojos, comprobó que entre las dos no llegaban a hacer una mujer normal, y lanzó un gruñido:

—¿Cuándo comen? ¿Una vez al mes?

—Comen una vez al día: cien gramos de jamón en dulce y un vaso de agua.

—No me extraña que así la gente ahorre —dijo el gordinflón—. Claro que a lo peor aquí le cobran a uno el vaso de agua. Hala, a lo que iba. Cuando tenga los modelos, me los envían a esa dirección a reembolso. Pagaré lo que me pida.

Y me señaló la tarjeta con sus dedos gordezuelos, en los que brillaba una constelación de anillos.

—Los quiero antes de siete días —murmuró, mientras se ponía en pie.

—No sé si podrá ser —dije.

El tío no contestó nada.

Sólo se rascó las narices.

Y salió.

Yo quedé muy preocupado, porque conocía a aquel fulano. Claro que lo conocía muy bien. Cada uno de sus anillos era, en realidad, un punzón con el que podía matar a un hombre. Le vi matar a cinco de ellos así, en Benares, donde tuvimos que actuar juntos, cierta vez. Aquel gordinflón era uno de los agentes más expeditivos y

temibles que había en las policías paralelas. Y el hecho de que ahora lo emplearan para transmitir mensajes me indicaba que todos caemos en desgracia alguna vez.

Miré de nuevo la tarjeta: J. J… Apper. Edificio Chrysler.

Eso me indicaba que me esperaba allí, antes de una semana. Tenía que recibir nuevas órdenes y seguramente una misión. La buena vida de París, los mejores meses que había pasado en mi existencia, acababan de terminarse.

Pero yo no podía irme así.

En el caso de largarme sin justificación aparente alguna, la policía empezaría a recelar, y los de la Sûreté se me echarían encima como galgos. Necesitaba una excusa.

Que me despidieran, vamos.

Así, nadie sospecharía demasiado.

En un principio, pensé hacer mi trabajo mal, pero en una semana no llegarían a darse cuenta y, si lo notaban, me harían una advertencia, antes de despedirme. Total, demasiado tiempo. Si me llevaba el dinero de la caja, también se me echaría la policía encima. Si trataba de invitar a cenar a cinco modelos distintas, los jefes de la empresa se limitarían a encogerse de hombros, y a decir: «Allá ellas y allá usted. Pero sobre todo, procure que no coman demasiado».

Y es que en el mundo de las modas, la gente es así de cínica.

Me di cuenta entonces que no es tan fácil que a uno le despidan en una semana, cuando quiere que le echen a la calle. Lo cual no es obstáculo para que a uno le echen a la calle, cuando más dinero necesita porque acaba de nacer su decimosegundo hijo.

En fin, después de darle bastantes vueltas al asunto, tuve una idea. Ésta no podía fallar.

Era segura y rápida, además de agradable.

Se trataba de la viudita
D’Arcy.

¿He dicho ya que tenía veinticinco años?

¿He aclarado ya que estaba para comérsela?

Bueno, pues al grano.

La viudita
D’Arcy
tenía una serie de malas costumbres, o buenas, según como se mire.

Siempre que venía al que fue despacho de su marido, se sentaba como si ningún hombre tuviera que entrar en el lugar. Cuando entraba yo, que al fin y al cabo era un hombre, caramba, no cambiaba la posición de sus piernas. Y de vez en cuando, también se probaba unos modelitos, porque decía que le caían bien. Y se notaba que ella no vivía a base de jamón en dulce y un vasito de agua.

Yo me dije que, para verme despedido, sólo tenía que hacer una cosa: Besarla.

Inmediatamente me enviaría a dibujar creaciones exclusivas para los indios del Amazonas.

De modo que una tarde, cuando ella estaba sentada de aquella forma tan sugestiva (y qué bien que le sentaba el luto a la viudita, caramba), yo entré en el despacho, y cerré la puerta a mi espalda.

Me acerqué a la mujer, que me miraba fijamente.

Ella no se movió.

La tomé en mis brazos, y la hice levantarse de la butaca.

Aparte de eso, se quedó quieta.

Y cuando la besé con fuerza en los labios, pensé: «¡Ahora me atiza!».

Entonces, ella se movió.

—Oh, cariño… —musitó—. Por fin te has decidido. ¡Había esperado tanto tiempo que hicieras esto!

Yo estaba como petrificado.

De modo que no me despedía… Por el contrario, a aquel paso iba a convertirme en director general.

Pero yo seguía haciendo esfuerzos para que me despidiera. ¿Qué quieren que les diga, amigos? El hombre es débil. Yo sólo quería que me echara a puntapiés. Pero si ella no me despedía, ¿qué iba a hacer?…

Dos días duró aquella broma. Que si te beso, que si me despides; que si me besas, que si te aumento el sueldo. Cada vez que entraba en aquel despacho, yo aumentaba de categoría. Media casa ya era mía. Sospecho que la viudita quería que me casara con ella.

Pero el tiempo iba pasando, y yo no me podía permitir el lujo de llegar a Nueva York más tarde de lo convenido. De modo que se me ocurrió una treta.

La viudita solía hacer una revisión a los vestuarios de las chicas

cada tarde a las cinco en punto. Pues bien, a las cinco menos un minuto, me puse a besar a todas las que estaban allí.

Se armó un gran revuelo.

Yo estaba muerto de miedo.

Cada vez que abrazaba a una, procuraba que no se me clavara ningún hueso.

Cuando la viudita entró, se puso lívida.

Luego, roja.

Por fin, arremetió contra mí, con las uñas por delante.

—¡Bandido! ¡Cerdo! ¡Estafador!…

Yo solté a la chica que estaba besando. Al dejarla, se produjo un «croc» «croc» de huesos que volvían a ponerse en su sitio.

—¿Qué quiere que le diga, señora
D’Arcy?
—musité—. Lo reconozco. Soy un vampiro.

—¿Le gustan todas?

—Todas.

—Pues se va a ir a buscar mujeres al río Congo.

—No quisiera que me despidiera por una cosa tan pequeña, señora.

—¿Pequeña? ¡Pero si ha besado al menos a diez chicas!

—Entre todas, no llegaban a los veinticinco quilos, señora.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera, buitre! ¡Y que no se le ocurra reclamar al sindicato!

Naturalmente, no reclamé.

Al día siguiente, salía para Nueva York.

CAPÍTULO II

En el edificio Chrysler, uno de los rascacielos más notables de la ciudad, pero que ya empieza a estar anticuado, pregunté por J.
J. Apper.
Resultó que éste tenía un negocio de representaciones en el pisó dieciocho.

Lo conocí al instante.

J. J. Apper era, en realidad, Douglas Weston. Éste era el enlace entre las organizaciones oficiales y la gentuza que formábamos las policías paralelas.

Me recibió con un gruñido.

—Ha tardado, Johnny.

—No me dejaban marchar de París.

—Cuentos. Uno de nuestros agentes le fotografió con teleobjetivo desde el otro lado de la Place Vendôme. Estaba besando a la viudita.

—Eso formaba parte de un plan.

—¿Y resultó?

—Ya ve que sí. Aunque sólo a medias.

Weston no insistió.

Me mostró diversas fotos de
D'Arcy,
arrojándolas sobre la mesa. Yo no las había visto aún. En una de ellas se le veía siendo mucho más joven y vistiendo el uniforme de la SS, ahorcando a un hombre. En otra, haciendo entrar a unos niños en unas cámaras de gas.

Sentí una náusea.

—¿Por qué me las enseña? —murmuré—. ¿Para tranquilizar mi conciencia, si es que aún me queda alguna?

—Algo así. Para que sepa que mató a un bicho.

—¿Y por eso ha sido ejecutado? Quienes nos pagan no se meten con los nazis.

—Pero sí con los asesinos.

Alcé una ceja, sorprendido.

Weston masculló:

—

D'Arcy
había sido modista en su juventud hasta que entró en la SS. Ya sabe que esta organización hitleriana se nutría de las gentes más extrañas, muchas de ellas con complejo de inferioridad. Y
D'Arcy
lo tenía porque llevaba apellido francés, siendo como era rabiosamente alemán. Los microbios que de la noche a la mañana, quieren convertirse en superhombres, son lo peor del mundo. Ya ha visto que hizo auténticas salvajadas. Al final de la guerra, consiguió huir, hacerse con falsa documentación francesa, y volver a su verdadero oficio. Los antiguos nazis le ayudaron con mucho dinero, y como el hombre era un artista, aparte de todo, prosperó. Pero no tenía que morir por eso. No, claro que no; nosotros no teníamos por qué meternos en este asunto. En cambio, nos perjudicaba mucho el que denunciara a todos nuestros espías que iban a trabajar a Alemania Oriental, y a muchos de los cuales conocía, por ser también antiguos nazis.

—¿Por qué hacía eso? ¿Acaso
D'Arcy
quería favorecer a los alemanes comunistas?

—Nada de eso; quería ganarse su confianza, que es distinto. De ese modo, podría obtener a su vez informaciones muy importantes sobre las redes de espionaje soviéticas en Norteamérica, datos que luego pensaba vendemos a nosotros. Ya lo hizo una vez, y nos engañó. Esa clase de traiciones no se perdonan, entre nosotros, Johnny. O la mercancía es buena, o el que la ha vendido nos devuelve el dinero, bañado en su propia sangre. Además, a esa clase de agentes dobles más vale eliminarlos de una vez.

Suspiré.

Si he de decirles la verdad, me había fastidiado un poco tener que matar a

D'Arcy.

Y encima, en el Bosque de Bolonia, que es un sitio tan bonito.

Pero ahora veía que no me dieron la orden porque sí. De modo que me sentí más tranquilo.

Weston ladró:

—Le he llamado para darle otro trabajo.

—Suéltelo.

Me apuntó con un dedo. Luego, se puso en pie, y alzó la mano derecha muy hacia arriba. Era como la estatua de la Libertad, pero bastante más ridículo.

—Va a trabajar para el fiscal Garrison —me dijo—. Y es posible que tenga que matar a una chica llamada Coretta Harris.

El fiscal Garrison… Sí, amigos. Es seguro que usted, usted y usted, hayan oído hablar de él. Es ese fiscal de Nueva Orleáns, que un día dijo que había existido conspiración en el asesinato de John F. Kennedy, el presidente de Estados Unidos.

Como ustedes saben, se nombró oficialmente una comisión para investigar aquel crimen. La comisión recibió el nombre del juez que la presidía: «Comisión Warren». Después de mucho cavilar, los caballeros que la formaban dijeron una serie de cosas: que Oswald había sido el asesino; que obró espontáneamente y movido por una especie de locura; que Ruby, el hombre que lo mató a él, no le conocía; y que, en fin, nadie estaba de acuerdo para matar al presidente de Estados Unidos. Que éste había muerto como por casualidad, igual que si se le hubiera derrumbado un tejado encima.

Contra esta opinión, se levantó la del fiscal Garrison, que ejerce su cargo en la turbulenta Nueva Orleáns. Garrison demostró que Oswald y Ruby, su matador, se conocían, que hubo una reunión en la que se trató de los detalles de la muerte de Kennedy; que importantes personalidades podían estar envueltas en aquello, y que, al fin, era muy difícil el que hubiera existido un solo asesino.

Todo esto me lo sabía yo de memoria, Y lo estaba repasando en mis recuerdos, mientras miraba a Weston.

Éste dejó de hacer de estatua de la Libertad, y se sentó de nuevo.

—Debe salir cuanto antes para Nueva Orleáns —me dijo, de pronto—. Oficialmente, es usted un funcionario de la oficina del «attorney general», que se pone a sus órdenes. Aquí tiene la documentación —y me alargó un fajo de papeles—. Garrison le

empleará como, enlace en sus relaciones con diversos organismos del Gobierno Federal. Pero, en realidad, lo que pretendemos es que, al actuar en su nombre, sin que él sepa nada, pueda llegar hasta el fondo de sus investigaciones. Si usted husmea que en el asunto está metida una persona de mucha importancia, debe decírnoslo. Eso es todo. Decirlo antes de que Garrison hable, o actúe.

—¿Entonces, debo de ser una especie de espía cerca de él?

—El fiscal general necesita estar informado. Simplemente eso.

—¿Y Coretta Harris? ¿Qué tiene que ver?

—Coretta conoce a mucha gente, y queremos que la encuentre y la detenga. Que la detenga ilegalmente, y que la traiga a Washington. Sólo eso.

Extrajo una foto del cajón central de su mesa, y me la extendió.

—Ésta es Coretta —dijo—. Fíjese bien en ella.

La miré. Claro que la miré.

Coretta Harris estaba en bikini, o algo así.

Nueva Orleáns siempre ha tenido fama de ser la ciudad de los líos. Confieso que la conozco poco, pues sólo he estado en ella un par de veces. Me han asegurado que hace años, antes de que yo naciera, aquello era de órdago. Que por cada habitante masculino había una señorita dispuesta a ser complaciente, y que la ciudad resultaba la mar de divertida, si a uno no le mataban en una esquina. Que cada vez que llegaban barcos por el anchuroso Mississippi (y arribaban a cada momento), en el barrio portuario había unas broncas, unos gritos y unas borracheras, de las que tumbaban de espaldas a un buey.

Ahora Nueva Orleáns, aunque es una ciudad bastante más tranquila, conserva algo de todo aquello. En el barrio francés, en especial, todavía hay muchas señoritas complacientes. Y en las esquinas aún le pueden dejar a uno seco, si anda distraído.

Lo primero que hice, al llegar, fue instalarme en un buen hotel, darme una buena ducha y beberme un *whisky* doble. La perspectiva que yo veía desde mi ventana era muy distinta de la de París, mucho más fea. Luego me cambié de ropa y salí a comprarme una herramienta para el trabajo honrado de un hombre que ha de ganarse la vida. La herramienta consistió en una «German Luger» de tiro ultrarrápido, cargador doble, silenciador y dispositivo para acoplarle culata y rayos infrarrojos, a fin de disparar de noche. Sólo

le faltaba radio para que, además, tuviera música.

Como es sabido, en la mayor parte de los Estados Unidos se pueden comprar armas libremente: las leyes consideran que este derecho forma parte de las libertades del ciudadano. Lo que luego ocurre con esas armas es cosa aparte, y que tiene su importancia no sólo para el que las compra, sino también para aquél con quien se prueban.

He de confesar que esta yo no pensaba usarla. Era una simple medida de defensa personal. Como la que sirvió para matar a
D'Arcy
la había arrojado al Sena, ahora necesitaba una máquina de escribir nueva, y la tenía.

Fui a ver al fiscal Garrison, aquella misma tarde. Garrison me pareció un hombre cansado, pero que creía en sí mismo y que estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Ese final era el descubrimiento de la gran conspiración que había hecho posible los asesinatos de John y de Robert Kennedy, así como el de Luther King. Y que haría posible los asesinatos de todos los que trajeran al país un ansia renovadora, que pudiera ir en contra de viejos intereses y de posiciones establecidas.

En los Estados Unidos, aún no hace setenta años, uno defendía sus pozos de petróleo a base de golpes de gatillo. Ahora se opera de otro modo, pero el recuerdo de los gatillos aún perdura, y, si es necesario, se vuelve a las viejas épocas. Quien dice petróleo dice fábricas de armamento, grandes sindicatos, mafia y mil aspectos más de este mundo tan heterogéneo que son los Estados Unidos, el país más grande en todo, hasta en el mal, naturalmente.

En esas condiciones, es muy posible que si un hombre estorba, se le elimine, por muy alto que esté. Y que mucha gente que no ha apretado el gatillo, ni hubiera sido capaz de hacerlo, esté, sin embargo, en el secreto del asunto, y proteja a los culpables con su influencia y su silencio.

Garrison sabía eso, como lo sabía yo. Con la diferencia de que él era fiscal, y estaba dispuesto a llegar tan lejos como le dejaran.

Enseguida sospechó que yo venía a estorbarle.

Había pedido un empleado de la oficina del fiscal general para que le sirviera de enlace, en sus relaciones con diversos órganos del Gobierno. Pero ese enlace, al mismo tiempo, podía estar encargado

de vigilarle, ya que el Gobierno querría estar enterado de todo, incluso con la buena intención de que no diera un resbalón de categoría. Porque en Estados Unidos, la prensa es la más libre del mundo después de la inglesa, y si a Garrison se le escapaba un nombre, al día siguiente lo sabría todo el país. El gobierno tenía interés en que, determinados nombres, si de verdad estaban envueltos en el asunto, no fueran pronunciados sin pensarlo antes dos veces.

Garrison, como he dicho, lo sospechó enseguida. Quizá lamentó haber pedido aquella ayuda a la oficina del fiscal general.

Me dijo que agradecía mi presencia en Nueva Orleáns, y que si me necesitaba me llamaría, pero que me cuidara mucho de acercarme sin motivo por la oficina, y sobre todo, de husmear en los papeles que había en ella.

De modo que mi misión empezaba mal. No parecía que yo fuese a tener demasiado éxito.

En vista de esto, me dediqué a la otra misión que me habían encomendado. Buscar a Coretta Harris.

No sabía dónde estaba, pero podía estar en cualquier lugar del sur de Estados Unidos. Más concretamente, yo esperaba hallarla en algún punto del Golfo de México. Pensé que no iba a ser fácil dar con ella.

A un hombre como yo nunca se le encarga una misión que sea fácil. Seguro que habría de rastrear por todo el sur del país, antes de dar con la muchacha del minibikini.

Bueno, eso es lo que yo creía.

Porque, de pronto, me pareció que me habían transformado en algo así como un chico para recados.

La cosa era tan fácil que daba asco.

En el barrio francés, al que fui aquella misma noche, había un *cabaret* que se llamaba Bikini.

Y en la puerta, a gran tamaño, estaba fotografiada aquella chica.

También en bikini.

La misma foto que tenía yo, para que no me pasara desapercibida, vamos.

Y encima, en letras luminosas, que cambiaban de color, para que uno las viera mejor, el nombrecito:

Coretta Harris
LA Artista mas Sexy de la Cálida Luisiana

CAPÍTULO III

Lo de artista *sexy* era verdad. Lo comprobé cuando momentos más tarde, sentado a una mesa del local, bebía champaña y *whisky* legítimos de importación, y pagados a precio de oro: champaña francés, *whisky* escocés. Lo que ocurría era que allí había un pequeño error de detalle: el *whisky* era francés y el champaña había sido fabricado en Escocia. He de dar gracias al hecho de que yo tengo un estómago blindado, porque, de lo contrario, hubiera salido de allí lanzando gritos.

Coretta Harris, no me molesta repetirlo, era una artista.

Ustedes pensarán: «¡Pero ese tío sigue pasándose la gran vida! ¡Viajes, bebida, aunque sea falsificada, mujeres, aunque sea en un escenario: viuditas que no le quieren despedir! ¡El no va más! ¡Y encima, pone mala cara!».

Porque es verdad. Yo estaba poniendo mala cara.

Dentro de poco, sólo serviría para, enviar mensajes, como el gordinflón que me había venido a ver a París. Resultaba que me habían mandado a buscar a una chica como si fuera el trabajo más difícil del mundo. Y ahora resultaba que, para encontrarla, sólo hubiera tenido que preguntar a cualquiera de los marineros más o menos borrachos que deambulaban por el puerto.

El espectáculo terminó sobre la medianoche.

Pagué, di una propina de cinco dólares al camarero, y le dije que quería ver a la señorita Harris.

—Desde luego, señor.

—Tome.

—¿Qué es eso?

—Su número, señor.

—¿Mi número, para qué?

—Para verla. Hay cola. Usted hace el cinco.

Me tragué lo que iba a decir, y confié en que los otros cuatro no fueran agentes especiales como yo. Fui al pasillo que llevaba a los camerinos. Y allí estaban los otros cuatro, con un aspecto de honrados cajeros que acabaran de escapar con los fondos, que tumbaba de espaldas. Les di unos cuantos codazos, colgué a otro de una percha, y me situé el primero.

Coretta Harris me recibió enseguida.

Vista de cerca, estaba mejor aún que en el escenario. Se estaba terminando de vestir para salir a la calle.

Me recordó a la viudita. Y así como a aquélla le sentaba muy bien el negro, a Coretta le iba muy bien el «*beige*». También me pareció notar, por la solidez de sus curvas, que la artista no se alimentaba de jamón en dulce y vasos de agua.

No se opuso a que la besara.

Y cuando se hubo repasado otra vez la levísima pintura de los labios, murmuró:

—No me digas que te llamas Oakland.

Parpadeé. Ése era el nombre que me habían dado, en la documentación falsa.

—Pues… sí, me llamo Oakland.

—Entonces, vamos, estoy dispuesta.

Volví a parpadear.

—¿Dispuesta para qué?

—¿Y tú lo preguntas? Los hombres que trabajáis para Washington sois cada vez más extraños. Llévame adonde tú sabes.

Mi cerebro funcionaba con la presión de un volcán. Tenía que llevarla a Washington una vez la encontrase, o al menos eso era lo que me habían dicho. Pero ¿por qué la había encontrado con tanta facilidad? ¿Y cómo sabía ella que yo era un agente del Gobierno? ¿Y por qué se ponía en mis manos confiadamente?

Murmuré:

—Está bien, vamos.

—¿Adónde?

—De momento, a mi hotel.

—De acuerdo —dijo.

Salimos y nos abrimos paso entre los otros cuatro, mejor dicho entre los tres, pues había uno que aún seguía maldiciendo y colgado

de la percha. Les envié al diablo con unos cuantos empellones, y nos largamos de allí.

La chica tenía un «Thunderbird», color plata, que era una maravilla. Rodamos a poca velocidad hacia mi hotel, que estaba situado en un lugar tranquilo, río arriba. Subimos a mi habitación, sin que el conserje dijera una palabra.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Pues verás, yo…

Quería, al menos, consultar con Weston, en el edificio de la Chrysler, de Nueva York. Pero cuando me dirigía al teléfono para pedir una llamada a larga distancia, el timbre se puso a sonar.

Lo descolgué.

Una voz ronca mascculló:

—¿Oakland?

Me quedé un poco sorprendido porque, a menos que me llamara Garrison, nadie más tenía motivos para saber que estaba allí.

—Sí, Oakland.

—Ya la tiene, ¿no?

—¿Tener?…

—No se haga el sueco. Le he visto entrar con la chica.

—Sí… Sí, desde luego.

—Ahora ya sabemos que es de garantía.

—Pues… pues sí, naturalmente.

La cabeza me daba vueltas.

—Sáquela. Se la compramos esta misma noche.

¿Me la compraban? ¿Qué demonios era eso?

—¿Dónde estarán?

—En la playa de estacionamiento del hotel, en un «Pontiac» gris. Encenderemos los faros una vez, cuando se acerquen. Todo estará preparado.

—De acuerdo.

—Pues no pierda un minuto, Oakland.

Y mi desconocido interlocutor colgó.

La chica me miraba fijamente.

El que me había llamado no podía ser un agente auxiliar, que me ayudaría a llevar a Coretta a Washington, pues yo siempre trabajaba solo, sin que me ayudara nadie. Y además, en ese caso, el diálogo se hubiera desarrollado de otro modo.

Le hice una seña.
—Vamos.
—¿Era Singer?
Yo no sabía quién me había llamado, pero le dije que sí, que era Singer.
—Gracias —murmuró Coretta—. Te aseguro que tendrás tu parte, muchacho.
Y me besó de nuevo, poniéndose de puntitas sobre sus zapatos.
Con aquello nos entretuvimos un poco.
Y los del «Pontiac» gris debían estar ya un poco impacientes, porque encendieron las luces, cuando aún estábamos a bastante distancia.
La portezuela posterior se abrió.
Entramos.
Coretta se sentó en el centro, y yo, a la izquierda, detrás del fulano del volante. Había un tipo que conducía, otro, sentado a su lado, en el diván delantero, y un tercero a la derecha de Coretta. Es decir, en el asiento posterior éramos tres.
Coretta sonrió al que estaba a su lado.
—Hola, Singer.
—Hola, muñeca.
—Ya he visto que no te fiabas de mí.
—En este negocio no me puedo fiar de nadie, preciosa.
—Pero ahora que ha venido Oakland, es distinto.
—Completamente diferente. Ahora sabemos que eres mercancía de primera calidad.
Y chascó los dedos, dirigiéndose al chófer:
—Tú, Ringo, arriba.
El «Pontiac» se despegó del aparcamiento, y rodó a buena velocidad por la carretera que bordeaba el río… Nunca he visto al Mississippi tan majestuoso como aquella noche. ¿Era, quizá, porque mi instinto me avisaba? ¿Porque me daba cuenta de que iba a morir, y de que ya no volvería a ver al gran río nunca más?
A cosa de veinte millas, paramos, tras salimos de la carretera y llegar por terreno semivirgen a un recodo solitario. Las ruedas del automóvil quedaban a unas dos yardas del agua. Pese a estar a poca distancia de Nueva Orleáns, parecía como si aquello jamás hubiera sido hollado por pies humanos.

No descendimos.

Sólo Singer dijo:

—Bueno, venga.

Miraba a la chica, que hizo entonces algo aparentemente atrevido. Sencillamente, se alzó un poco la falda, y se arrancó uno de los botones de su liguero. Justamente, el delantero de la derecha. Lo tendió a Singer.

—Ahí dentro está el microfilme —indicó.

—Veamos.

Singer proyectó sobre el pequeño objeto el haz de la luz de una linterna, igualmente pequeño. Lo desenroscó como si fuera una cápsula. Del interior extrajo un microscópico filme.

Confieso que yo había visto muchos trucos para ocultar micropelículas, desde meterlas en una moneda hueca, que cambia de manos, hasta pegarlas en una carta mecanografiada como si fuera un punto escrito por la máquina. Pero aquel sistema me pareció más seguro y, sobre todo, bastante más sugestivo.

Singer rezongó, satisfecho:

—De acuerdo.

—Ahora, debes pagarme —dijo aquella angelical muñeca llamada Coretta Harris.

—Muy bien, te daré lo convenido.

Y Singer introdujo la derecha en uno de sus bolsillos.

Pero no extrajo un fajo de billetes, como todos esperábamos. Lo que apareció en sus dedos fue una pistola chata, que parecía de grandes dimensiones, a causa del silenciador que iba acoplado a ella.

Nos apuntó a los dos. Coretta emitió una especie de gemido.

Los otros dos tipos que iban delante, se habían vuelto. También exhibían pistolas similares. Me di cuenta de que estábamos metidos en una auténtica ratonera.

¡Y aún no sabía por qué!

Coretta farfulló:

—¿Qué es esto?

—Tu premio, nena.

—Te has vuelto loco, Singer. Rematadamente loco.

—¿Crees que este microfilme vale cinco centavos? ¿Te figuras que has podido engañarme?

—No te engaño. Ahí están todos los nombres de los sospechosos que el fiscal general se propone detener, dentro de una semana como máximo, para interrogarles en torno a la muerte de Robert Kennedy. Gracias a este microfilme, podrán huir. Algunos de ellos son hombres de tu máxima confianza. La información vale lo que te he pedido.

—Los informes son falsos. Cuando esos idiotas huyan, resultará que el fiscal general hará detener a otros. Se trata de una maldita trampa…

La muchacha gimió, mientras se revolvía nerviosamente. Pero el silenciador se clavó en sus costillas, obligándola a estarse quieta.

—¿Pretendes insinuar que soy un agente del gobierno? —musitó ella, cuando pudo reaccionar.

—No, no lo eres. Pero eres una arpía granujita. Quieres dinero fácil a cuesta nuestra, y eso no se consigue así como así.

—Oakland me recomienda —gimoteó ella—. Ha venido conmigo, y él sí que es un agente del Gobierno. Él sabe que el microfilme que os entrego es legítimo. Podéis comprobarlo.

—¿Y cuándo lo sabremos? ¿Cuándo se produzcan las verdaderas detenciones, y ya sea demasiado tarde?

Yo había guardado silencio hasta entonces, pero me decidí a seguir el juego:

—Es una cuestión de confianza —dije.

—¿Y qué confianza podemos tener en ti? Ya nos engañaste otra vez. Precisamente, al saber que recomendabas y garantizabas a Coretta Harris, hemos supuesto que todo esto era una trampa. Tu cargo en Washington te permite tener acceso a los archivos secretos, Oakland, y has querido hacerte rico con eso. Pero no vendes información cierta sino informes falsos. En el mejor de los casos, una mezcla. A eso se le llama nadar y guardar la ropa. Nunca das la cara tú mismo, sino que empleas chicas, que sirven de enlace ante el cliente. En este caso, has venido personalmente porque sabías que dudábamos de Coretta, y porque nosotros lo exigimos. Además, la importancia de la operación bien vale la pena hacer un viaje a Nueva Orleáns. Son doscientos mil dólares, ciento veinte mil para ti y ochenta mil para la chica, que, encima, te dará una magnífica comisión, sacándola de su parte.

No contesté.

Mi cerebro seguía funcionando a la presión de un volcán.

Por lo que podía deducir, Oakland, cuyos documentos tenía yo ahora, era un funcionario infiel, que había vendido algunos secretos, mezclándolos con otros datos falsos. Es decir, el tipo había existido realmente. Pero descubierto a tiempo, yo ocupaba su puesto. Quizá Oakland estaba ahora entre rejas. O quién sabe si en el tranquilo cementerio del lugar donde nació.

Ni Singer ni la chica debían conocerle personalmente. Como máximo, debían haber intercambiado algunos mensajes en clave, sin oír ni siquiera su voz. Era una táctica normal entre todos los funcionarios que un día se ponían a traicionar a su país. Aunque al final, y para asegurar el éxito de alguna operación importante, no habría tenido más remedio que dar su nombre.

Oakland, seguramente, había proporcionado a la muchacha aquella lista en microfilme, parte de la cual era falsa.

Y lo peor era que los compradores lo sabían.

Y que les había ocurrido lo mismo otra vez.

Y que estaban deseando vengarse, enviando al otro barrio a la muñeca que ahora les servía como intermediario y al propio Oakland.

Lo cual me sabía muy mal por la chica, que estaba como para hacer con ella cualquier cosa menos matarla.

Pero más lo sentía por mí, porque resultaba que «Oakland» era yo.

Tragué saliva.

Singer masculló:

—Oakland nos engañó una vez, nena, por medio de una chica como tú y que, por desgracia para nosotros, ha desaparecido. Si alguna vez damos con ella, le arreglaremos las cuentas de verdad. Pero, por lo pronto, tú estás aquí, y a ti sí que podemos ajustártelas. Y a Oakland.

Pensé seriamente en emplear la «Luger».

No comprendía por qué, en Nueva York, me habían metido en aquel lío, sin avisarme, pero debían dar por descontado que yo no me dejaría matar. Y contaban con eso.

Singer masculló:

—Es inútil que te muevas, muchacho.

—¿De veras?

—No has elegido el sitio que ocupas en el coche, ¿verdad? Lo he arreglado yo.

—Cierto.

—¿Y no te has fijado en lo grande que es el portamaletas de este «Pontiac»?

Empecé a sudar.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿No crees que un hombre cabría cómodamente en él?

—Claro…

—¿Y no supones que ese hombre podría tener una pistola de grueso calibre y estar apuntando al pasajero que se sienta a la izquierda del vehículo? Es decir, lo tienes a tu espalda, muchacho.

No tenía motivos para dudar de que aquello era cierto.

Y vi tan lejos las posibilidades de escapar con vida de allí, que mis facciones se volvieron de color gris. Un color más gris que el de la carrocería del «Pontiac».

Singer musitó:

—Ni siquiera os vamos a molestar pidiendo que salgáis de aquí, muchachos. Os liquidaremos en el mismo coche. Aunque lo pongamos todo perdido de sangre. Total, el «Pontiac» va a ir al río igualmente.

Me estremecí.

La chica miraba con desesperación ante sí, no sabiendo cómo escapar de aquella horrible ratonera.

Yo estaba peor que ella. A mí me apuntaba, además, un enemigo a mi espalda, al que no podía ver. Tenía una pistola detrás del respaldo del asiento.

Singer murmuró:

—Bueno, ¿a qué esperamos?

Me interesaba angustiosamente ganar tiempo, de modo que dije:

—Tal vez eso tenga solución, Singer.

—Claro que la tiene. Unos cuantos balazos, un coche que se hunde en el río, y a pensar en otra cosa…

—No me refería a eso.

—Ya me imagino que no. Ésa es la única solución que no te gusta ni pizca.

—He cometido dos errores, pero ningún hombre vuelve a tropezar en la misma piedra, cuando sabe que eso significa la

muerte. Sigo siendo un hombre de confianza en Washington, un hombre que tiene acceso a los archivos secretos. Matándome, no os sirvo para nada. Dejándome vivo, puedo haceros aún más grandes favores… y a ningún precio.

La oferta era para que la pensaran, porque valía la pena. Pero Singer se dio cuenta de que era una mentira más grande que un acorazado. Y la verdad es que lo era.

—No, muchacho.

—Piénsalo, al menos.

—El jefe me ha ordenado que liquide eso. Y voy a hacerlo.

Comprendí que sobraban todas las palabras. Aquello no tenía más salida que la acción.

—Al menos, salva a la chica —musité.

—¿Salvarla? ¿Para qué?

Y gritó:

—¡Tira, Baxter!

Quería que me liquidara el tío que estaba en el portamaletas, el que tenía a mi espalda. Él, mientras tanto, se encargaría de la muchacha. Y los otros dos estaban como reservas, para asegurar la jugada.

Puse entonces en práctica el plan que había estado maquinando durante aquellos trágicos momentos finales.

Tenía que ser algo realizado a la perfección. Si fallaba un solo detalle, Coretta y yo nos iríamos al infierno.

Mi cuerpo se convirtió en una máquina.

A partir de aquel instante, obré automáticamente, sin pensarlo.

Con el codo izquierdo abrí la portezuela que estaba a mi izquierda. Con las fuerzas de mis piernas, salté.

Era el mismo momento en que Singer gritaba:

—¡Tira, Baxter!

La bala atravesó la tapicería, viniendo de atrás, pero yo ya estaba volando hacia el exterior. No me encontró en su camino. Se encajó, en cambio, en el asiento delantero del «Pontiac», donde había otro hombre.

Éste recibió la bala en el hígado.

El otro se desconcertó unos segundos, los que necesitó para gritar angustiosamente:

—¡Cuidado!

Singer se había desconcertado también. En lugar de apuntar a la muchacha, me quiso apuntar a mí.

Y la verdad fue que lo logró. Me tuvo a su merced porque yo no había podido alejarme. Estaba en el suelo, y trataba de sacar la «Luger». Me hubiera atizado, caso de no haberle dado Coretta un codazo, que hizo saltar la bala hasta el techo.

Yo, en aquellos trágicos momentos, ya había sacado la «Luger» a la que sólo le faltaba música.

Empecé a repartir plomo por el interior; fue una tarea eficaz, bien hecha, por la que debieron haberme dado un diploma de buena conducta. Singer se estremeció, alcanzado por los balazos. Su compañero de delante se estremeció también al notar que el plomo se le hundía en la cabeza, entre los ojos. Y, en fin, al que ya tenía una bala en el hígado le rematé de un disparo al corazón que está en el lado contrario, porque yo tendré muchos defectos, pero nadie puede negarme una virtud: me gusta que las cosas queden equilibradas siempre.

Luego, indiqué a Coretta que saliera.

La chica no había recibido ni un rasguño. Curiosamente, ni siquiera estaba manchada de sangre.

—Ven aquí, cariño.

Ella salió, procurando que no se le arrugara la falda.

—¿Qué hacemos con el coche? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar. A mí me hubiera gustado mucho más, por ejemplo, que hubiera dicho: «¿Qué hacemos conmigo?».

Pero ya se sabe. Las mujeres son así.

—Ellos mismos lo han dicho antes —musité.

—¿Al río?

—Ujú.

—Te ayudaré.

Empujamos el «Pontiac», el cual desfrené previamente. Como tenía una dirección muy suave, no nos costó demasiado llevarlo hasta el mismo borde del río. Allí formaba éste como un pronunciado talud, por el que el automóvil rodó a gran velocidad hasta hundirse en las aguas. No se vio ni la antena de la radio. El que iba detrás se hundió también.

Me froté las manos mientras miraba a Coretta.

—¿Listos?

—Lo has hecho muy bien, cariño.

—No tiene tanta importancia —dije modestamente—. En el fondo, ha sido fácil.

Y echamos a andar, alejándonos de allí. Usted, amigo lector, habrá adivinado ya, sin duda, que soy un tío imponente. Yo, al menos, estoy seguro de que lo soy.

Pero no lo he dicho antes, para no darme importancia.

CAPÍTULO IV

Volver al hotel donde estaba hospedado era una temeridad, de modo que Coretta y yo nos instalamos en otro mucho más tranquilo, en el suburbio norte de Nueva Orleáns. Ni yo le pregunté nada a Coretta, ni ella me comentó nada a mí.

Hay cosas que no necesitan palabras. Al contrario, si uno habla, las estropea.

Sólo a la mañana siguiente, mientras estaba bajo el chorro helado de la ducha, se me ocurrió decirle:

—¿Quién era el verdadero Oakland?

Fingió sorpresa.

—¿No eres tú?

—Desde anoche, sabes perfectamente que no. Y dudo mucho que no lo hayas sabido desde el primer momento de verme.

—Sí —afirmó—, ya imaginé que eras un falso Oakland. Aunque te hubieran dado los papeles auténticos, falsificando tan sólo la foto.

—Pero ¿quién era él?

—Un funcionario de los archivos secretos. Tenía acceso a los documentos más confidenciales.

—¿Y los vendía?

—Obtenía microfilmes, y los entregaba a las bandas interesadas en su contenido. La clase de esos microfilmes era muy variada. Algunos se referían a secretos industriales y a patentes de invención, que sólo interesaban a los fabricantes; otros, por el contrario, se referían a listas de personas que iban a ser detenidas por espionaje; tales relaciones tenían un valor enorme para los países que habían enviado esos espías, y que se apresuraban a cambiarlos, antes de que fuera demasiado tarde. También algunos

documentos secretos de los fiscales, los había vendido a hombres de la mafia, que así paraban los golpes, antes de que se produjeran.

—Pero vendía también datos falsos, ¿no? —pregunté.

—En efecto, y así hacía más ventas, y ganaba más dinero. A los hombres de Singer les engañó una vez, y ya ves cómo hemos estado a punto de pagarlo. Oakland empleaba siempre chicas como enlace, y él no daba nunca la cara. Las órdenes las transmitía incluso por telegramas cifrados.

—¿Y ahora dónde está Oakland?

—¿Y tú lo preguntas? Murió.

—¿Quién lo mató? ¿Los propios hombres del gobierno?

—No, aunque tuvieron una participación indirecta en el caso. Oakland se estrelló con su coche, cuando huía a gran velocidad, para evitar ser detenido. El coche se incendió, y del cadáver de Oakland sólo quedaron pedacitos. Los del servicio secreto hubieron de hacer prodigios con los documentos que tú llevas para que no se vieran manchados de sangre. Aunque todo eso lo sé de un modo indirecto, por lejanas referencias que tuve. En realidad, anoche aún no estaba segura del todo de que tú no fueras el verdadero Oakland.

Chasqué los dedos.

—¿Para quién trabajas tú, muñeca?

—Para los servicios interiores de la CIA. Pero mi categoría es muy baja, por el momento. Puede decirse que sólo sirvo como cebo.

Yo la miré, mientras me acercaba lentamente a ella.

Y pensé muchas cosas. Recordé, entre muchas, que aquella mañana no tenía nada que hacer.

—De modo que un cebo… —susurré.

—Ajá.

La estreché en mis brazos, y busqué sus labios. Y sólo después de mucho rato, fui capaz de decir:

—He picado…

La primera persona a quien me envió a ver el fiscal Garrison, después de todo aquello, fue el senador Kingston. El senador figuraba como miembro de una comisión que tenía por objeto revisar el informe Warren y averiguar también si existía en Estados Unidos un y grupo criminal lo bastante poderoso, que se hubiera atrevido a asesinar, mediante una conspiración, al propio presidente y luego a su hermano Robert, cuando éste iba también en línea

recta hacia la Casa Blanca.

No era un lío pequeño el lío en que se había metido Garrison.

No sé si he dicho ya que tengo la creencia de que en Estados Unidos existen enormes grupos de intereses financieros, políticos y hasta raciales. Como el régimen es presidencialista, o sea que el presidente puede adoptar muchas decisiones sin consultar con nadie, según sea el hombre que ocupa la Casa Blanca, muchas combinaciones se pueden hundir como un castillo de naipes. Con la guerra de Vietnam, se ganaban o perdían millones en un día; según fuese la política respecto a Iberoamérica, las grandes compañías fruteras o mineras pueden, alzarse o hundirse. Una ley de derechos civiles efectiva, que de oportunidades a los negros, cambiaría, en muy pocos años, toda la fisonomía del «profundo Sur».

Por eso no es extraño que uno de esos grupos, o varios de ellos, puedan haber pagado una mano asesina. La violencia aún es una verdadera ley en muchos lugares del país. Y hasta ahí, hasta el fondo mismo de esos grupos de intereses, los que podían haber acabado con los Kennedy, los que podían haber asesinado a Luther King, quería llegar el fiscal Garrison.

El senador vivía en un maravilloso lugar situado al norte de Nueva Orleáns. Tenía una magnífica finca blanca, desde la cual se divisaba también el lago Maurapas. Era una casa de columnas altas, esbeltas, majestuosas. Un inmenso prado verde y silencioso, la rodeaba. El paraje era muy bello, pero sin embargo resultaba misterioso, tenía algo que helaba la sangre.

No sé, pero esas cosas siempre me ocurren en los lugares del Sur.

Detuve el magnífico «De Soto» descapotable que había alquilado para hacer aquella visita, y me acerqué al porche.

He de decir ante todo, que no venía solo.

El fiscal no sabía que yo era algo así como un asesino profesional, entre otras razones porque yo me había guardado muy mucho de decirlo. Ignoraba que yo llevaba una «Luger» recién estrenada, que había matado ya a tres hombres. No sabía nada de eso, y por lo tanto, temía que no supiera defenderme, en caso de ataque.

Tal fue la razón de que me asignara un guardaespaldas.

Era un agente de la policía de Luisiana, bajito, delgado, que, sin

embargo, había aprendido karate con los maestros japoneses y que, de un solo golpe dejaba cojo a un caballo. Aquel prodigio se llamaba Thompson. Me acompañó mascando chicle, y mientras yo avanzaba hacia la casa, él se quedó en el coche, mirando distraídamente una revista, donde había unas cuantas chicas de las que marean más que una botella de *whisky*.

Un criado salió a recibirme en el porche. Había anunciado ya a Kingston mi visita, de modo que éste me esperaba. Fui invitado a subir por unas solemnes escaleras, que llevaban al piso superior.

En éste había dos puertas.

Una era blanca. La otra negra.

En la primera no había rótulo ni indicación alguna.

En la segunda se leía nada menos que esto:

PANTEÓN FAMILIAR DE LOS KINGSTON.

Se abrió la primera puerta blanca.

Claro que es casi innecesario que yo cuente esto porque si llega a abrirse la otra puerta, la negra, me quedo tieso en el sitio. Nunca había encontrado una cosa así, jamás había visto un panteón en el interior de una casa. Menos mal que la puerta negra, que además era de bronce, siguió tan quieta e inconmovible como la de la caja de un Banco.

De todos modos, quedé petrificado.

Era como si aquella puerta me obsesionase. Apenas podía subir los peldaños que me separaban del piso superior.

Alguien murmuró, arriba:

—¿Qué le sucede, señor Oakland?

Vi a Kingston, que me aguardaba en el umbral de la puerta blanca. Éste era sorprendentemente joven, para ostentar ya el cargo de senador. Claro que eso siempre es posible, si se tiene una gran fortuna personal y notables amistades políticas.

—Nada —musité—. Sólo que estoy sorprendido.

—¿Por esta puerta?

—Nunca había visto bromas de esa clase —dije.

—No es una broma, señor Oakland.

—¿Pretende insinuar que eso es un panteón de verdad?

—En efecto, aun cuando ahí sólo está enterrada mi madre.

Me froté los ojos un momento, como si no estuviera seguro de lo que había visto.

—¿Cómo se lo han consentido, señor Kingston?

—Es un viejo privilegio de mi familia. Siempre hemos podido enterrar nuestros muertos dentro de los muros del hogar, como algunas órdenes religiosas aún pueden sepultar a sus muertos entre los muros de los templos.

Y me hizo una seña alegre, mientras sonreía.

—Además, no hay peligro sanitario de ninguna clase. Las paredes de esa habitación son herméticas y de acero blindado. La puerta de bronce no se ha abierto nunca, desde el entierro de mi madre. Pero ¿por qué hablarnos de eso? Pase a mi despacho y siéntese. Tengo un *whisky* excelente, que me envían de Escocia en barril especial. Me gustará que lo pruebe.

Tenía un despacho muy bonito, el buitre. Un despacho de millonario que además es senador, o sea una persona culta y de buen gusto. No le faltaba ni una secretaria guapa, que sabía destacar el busto y, además, cruzar las piernas.

El senador pidió:

—Sírvenos una copa, Ellen. Y, por favor, déjanos solos.

Lamenté mucho eso de que Ellen hubiera de marcharse. Era una mujer de verdad, de las que le dejan a uno pasmado. Me pregunté con envidia si sería solamente secretaria de Kingston.

Nunca había bebido *whisky* presentado de aquella manera. Eran pequeños barrilitos, capaces para dos vasos. La chica los trajo en bandeja de plata, y desapareció. Bebimos en silencio. Pero cuando Ellen hubo salido me pareció que la atmósfera de la elegante habitación se hacía de repente inhóspita.

Kingston me miraba con curiosidad.

—Gran hombre ese Garrison —dijo, no sé si en tono de burla o no.

—Sí —dije—, es un gran hombre.

—Está removiendo mucha basura en este país. Pero ¿no se ha dado usted cuenta de lo que ocurre con la basura, cuando uno la airea demasiado? Despide hedor. Y las moscas salen de sus refugios y se ponen a molestar. Es un asco. Yo por eso siempre he pensado que la basura hay que dejarla quieta. Al menos, así no molesta

tanto.

—¿Quiere usted decir que Garrison está llegando demasiado lejos?

—No, no, precisamente… Pero el fiscal debería fijarse un tope, más allá del cual no le será posible ir. Todos los países tienen un cierto nivel de corrupción, pero esa podredumbre les ayuda a vivir, como una planta no podría crecer sin estiércol. Hay cosas que no deben tocarse.

La posición del senador me pareció muy acomodaticia, demasiado política. Para él la ley debía importar muy poco. Su opinión era dejar las cosas tal como estaban. No molestar a nadie… Me dije que, pensando así, la comisión senatorial avanzaría muy poco en sus investigaciones.

Acabé de beber el *whisky*, que era excelente, y dije:

—No comparto su opinión, señor Kingston, aun cuando reconozco que hay parte de verdad en lo que dice. Pero soy un simple enlace, y lo que yo piense no tiene importancia.

—Usted es un enlace. Bien… ¿y a qué ha venido?

Le tendí un papel, que me había dado Garrison.

Kingston lo tomó entre sus dedos, leyó el nombre que estaba escrito en él, y palideció.

—¿Conoce a ese hombre? —pregunté.

—Claro que lo conozco.

—Garrison desearía una entrevista con él. Sin citaciones oficiales, sin detenciones, sin nada, que no trascienda a la prensa. Pero le gustaría que ese hombre le hablara de sus actividades en los últimos años.

—Haifa es un cacique del Sur —dijo Kingston, con disgusto, mientras me devolvía el papel—. Dirige muchos comités electorales del Partido Republicano y, sin su ayuda, es muy difícil ganar unas elecciones. Bastantes hombres dependemos de él, en el sentido político. Considero peligroso molestarle.

—Por eso el fiscal no ha querido mandar una citación desde su oficina. Considera que es más elegante una entrevista privada, en el lugar que Haifa designe.

El senador movió la cabeza dubitativamente.

—¿Y he de hacer yo esa gestión?

—Usted pertenece al Partido Republicano y, además, es amigo

suyo. Creo recordar que su puesto de senador se lo debe al apoyo de Haifa.

—Lo debo al voto de mis electores —me dijo Kingston, molesto.

—De acuerdo; no trato de discutírselo.

—No haré esa gestión —dijo Kingston bruscamente—. Sería molestar a Haifa, y eso me perjudicaría. Que se las componga el fiscal Garrison como le parezca. Que le envíe una citación oficial o que le haga detener. Allá él, con las consecuencias.

Apreté levemente los labios, y luego miré al hombre con una estrecha sonrisa.

—De modo que se niega a colaborar, señor Kingston.

—No me conviene hacerlo. Y ahora, señor Oakland, si no tenemos más que hablar…

Se puso en pie, dando la entrevista por terminada.

Se había formado, de repente, un clima frío, casi hostil entre los dos. Kingston se parecía mucho al tipo de hombre en cuya cara me hubiese gustado repartir una docena de puñetazos. Pero me aguanté, porque no podía comprometer mi papel, por tan poca cosa.

—Adiós, señor Oakland —dijo él bruscamente.

—Me temo que mi visita no le ha sido agradable.

—No puedo decirle que sea bienvenido, señor Oakland. Le agradeceré que no vuelva más por aquí, y advierta a Garrison que no debe molestar para nada al señor Haifa.

Asentí con una lenta cabezada, y salí de la habitación.

La puerta blanca se cerró a mi espalda.

Yo miré la puerta negra.

Me pareció que no estaba como la otra vez, que se había movido un poco. Pero todo eso eran imaginaciones. Eran delirios de un cerebro que empezaba a funcionar mal. Puse la mano encima, apreté, y vi que estaba cerrada como antes; cerrada tan sólidamente como la puerta de la caja fuerte de un Banco.

Volví la cabeza, y entonces mi atención fue atraída por otra cosa mucho más importante.

Al diablo la puerta blanca y la negra.

Y dediqué toda mi atención a Ellen, que, mientras subía las escaleras, se había detenido un momento para tensarse una media.

—¿Lo hace en honor de todas las visitas? —musité.

Ella fingió asustarse, y se bajó la falda. Pero estoy seguro de que

me había visto, de que quería demostrarme que sus piernas eran de primera calidad. Pasó por mi lado sin mirarme, y se dirigió hacia la puerta blanca.

—¿No me acompañas hasta la salida? —murmuré.

—¿Para qué?

—No se debe dejar a las visitas plantadas, en medio de la casa.

—Está bien, te acompañaré.

Descendimos las escaleras juntos, y ella abrió la puerta exterior. Tuve, al principio, una sorpresa que no sabría explicar, como si acabara de ver pasar ante mis ojos unas alas negras. Y sin embargo, lo que ocurría era lo más sencillo y natural del mundo: acababa de hacerse de noche. Yo había llegado allí con la luz crepuscular y, de repente, la noche había cerrado, espesa e impenetrable. Nada de crepúsculos dulces del Sur ni todas esas imágenes en tecnicolor que salen en las películas. Aquello era una auténtica noche polar. Ellen captó mi sorpresa.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Pero ha anochecido muy deprisa…

—Debes estar nervioso. Las personas nerviosas se asustan siempre de la noche.

—Lo estoy —dije—. Los nervios me los has roto tú.

Llevé las manos a su cintura, la atraje hacia mí, y la besé en la boca.

Ella no se resistió. Dejó que la besara. Pero estaba tan quieta, tan fría, tan insensible, como una estatua.

—¿Con él haces lo mismo? —pregunté, cuando nos separamos.

—¿Con quién?… —farfulló, sorprendida.

—Con Kingston. ¿No eres su secretaria?

—Sí.

—¿Solamente secretaria?

—No.

Me mordí el labio inferior, porque me dolía que ella lo reconociera tan claramente.

¿Qué quiere usted que le diga, amigo? Soy un envidioso. En cuanto veo a una mujer guapa, que es de otro, me pongo enseguida a pensar que el mundo está mal repartido.

—Vaya… al menos, eres sincera —musité.

—Siempre lo he sido.

—No te gustó que te besara…

—Ni pizca.

—¿Él lo hace mejor?

—Claro que sí.

Aquello era hundirle a uno. De modo que me batí en retirada, y fui hacia el coche, mientras ella, con la puerta aún abierta, hacía con una pierna lo que antes había hecho con la otra: se tensaba una media. No había duda de que le gustaba el equilibrio como a mí.

Bajo la noche, aquel paisaje me resultó desconocido. Tenía la sensación de que no era el mismo.

Y no sé si era alucinación de mis sentidos, pero me pareció que el coche no estaba en el lugar donde lo había dejado antes.

Caminé por un sendero, entre arbustos. El viento movía las hojas, produciendo un susurro siniestro. No soy miedoso ni aprensivo, y decidí olvidar aquello. Además, acababa de ver el coche.

Estaba bastante más allá de donde lo dejamos antes. No se veía rastro de mi guardaespaldas. Por las trazas, parecía como si tuviera que ser yo el que le guardara las espaldas a él.

Le llamé finamente al principio:

—¡Eh! ¿Dónde te has metido?

No contestó. Le llamé entonces menos finamente:

—¡Idiota, sal de una vez!

Y luego, en el colmo de la irritación, olvidando ya la cortesía:

—¡Acércate o te convierto los riñones en papilla!

Pero nadie contestaba, no se veía rastro de mi guardaespaldas, de modo que decidí largarme solo. No iba a esperar que alguno de los guardianes de la finca de Kingston me echara. Vi la revista de las chicas *pin-up* depositada en el asiento, y como no cabía en la guantera, fui a depositarla en el portamaletas. Lo abrí, y se encendió automáticamente la luz interior. Lo primero que vi fue que aquella luz le sentaba muy mal a mi guardaespaldas.

Claro que a un muerto le caen siempre mal todas las iluminaciones que usted le ponga.

Aún llevaba el fino lazo de seda ceñido en torno al cuello. Sus conocimientos de karate no le habían servido de nada. Atrapado por

sorpresa, su muerte debió ser muy rápida, casi instantánea. Parte de la lengua le asomaba entre los labios exangües.

La respiración se me cortó, por unos momentos.

Oí crujir mis nudillos, como un sonido muy lejano.

Podía hacer una montaña de cosas, en aquellas circunstancias, pero hice la más sencilla: bajar la tapa del portaequipajes y no darme por enterado de que lo había visto.

Me senté ante el volante, di gas y arranqué.

Las aguas del lago Pontchartrain fueron visibles para mí, al tomar la curva de la carretera. Avancé hacia el centro de la población de Ruddock, en el condado de San Juan Bautista, pues la finca de Kinsgton se hallaba en las afueras de la ciudad. Cualquiera que me hubiese visto, habría pensado: «Ése va a denunciar el crimen a la policía». Pero no. Me detuve ante las puertas del Banco local, que aún estaban abiertas.

Una luz triste y acuosa flotaba en el interior. No había más que un empleado y el director. En aquel momento, se disponían a cerrar la puerta.

Dije al director que era un periodista político de Nueva York, y que realizaba una encuesta por el Sur. Deseaba saber si existía la posibilidad de que allí resultaran elegidos un senador o un miembro de la Cámara de Representantes, que fueran pobres.

El director miró tristemente hacia el techo.

Pese a la precariedad de su instalación, que necesitaba unas reformas, el Banco parecía una institución antigua y sólida.

Un viejo ventilador funcionaba aún, a pesar de que el tiempo ya era fresco. Por encima de una carpeta que decía: «Créditos atrasados», se deslizaban perezosamente un par de moscas.

—Claro que puede ser elegido un pobre —murmuró el director —. El Sur es una tierra donde se tiene muy en cuenta la situación social, pero ésta no resulta decisiva.

No me pidió mi carnet de Prensa ni me hizo ninguna pregunta comprometedora para asegurarse de mi identidad. Con la misma expresión pensativa, continuó:

—Kingston mismo, nuestro senador, era pobre cuando fue elegido.

Alcé la cabeza.

La verdad era que había entrado allí para enterarme de eso, de

la situación económica de Kingston. Pero lo hacía por pura rutina, porque ése es un detalle que tiene la mayor importancia en la vida de los hombres y que conviene conocer. Lo que no esperaba era que me dijeran aquello: que Kingston, alguna vez, había sido pobre.

—¿Con esa casa? —murmuré—. ¿Puede haber sido pobre un hombre que tiene esa finca?

—Estaba hipotecada.

—¿Por mucho?

—Por más de lo que valía. La familia de los Kingston formaba uno de los más viejos e ilustres clanes del Sur, pero las cosas le habían ido de mal en peor desde la guerra civil, en el pasado siglo. El padre de Kingston, con los últimos restos de su fortuna, se lanzó a fundar una serie de empresas, en las que se lo jugaba todo a una carta. Y la carta le salió negra. La gran quiebra de Wall Street, en 1929, se lo llevó todo. Cuando Kingston nació, no les quedaba más que esa propiedad que tienen ahora, y encima, hipotecada hasta los cimientos.

—¿Qué hizo su madre, entonces? —musité—. Debía ser una mujer acostumbrada a la riqueza, y que aguantaría muy mal una situación inferior, ¿no?

—La soportó muy mal. Rematadamente mal.

El tono de su voz me había extrañado. Musité:

—¿Por qué lo dice de ese modo?

—Porque se pegó un tiro.

Parpadeé. Estaba visto que aquella noche tenía que ir de sorpresa en sorpresa. Miré las moscas que se paseaban por la carpeta, y me pareció que habían engordado. Debían ser aquellos condenados vientos del Sur.

—Hace tres años de eso —murmuró el director—. No se pegó un tiro aquí, sino en Nueva York. Creo que los trámites del entierro se hicieron muy discretamente para evitar a la familia la vergüenza de los comentarios. Muy pocas personas conocimos los detalles, pero, desde entonces, las cosas le empezaron a ir bien al joven Kingston. Cambió su suerte. Pudo pagar los plazos de la hipoteca, y empezó a hacer política. Al año siguiente, era senador.

—Una carrera rápida —elogié.

—Y un hombre listo. Ha sabido invertir bien el poco dinero con el que empezó. Hoy, su fortuna es una de las más sólidas de

Luisiana.

Arrugó el entrecejo, y añadió:

—Le he contado todo esto para que se de cuenta de que un hombre pobre, pero con iniciativas, también puede llegar muy arriba, en la política del Sur. Aquí, no somos sectarios. Otorgamos a cada uno lo que se merece.

Asentí lentamente.

Ahora sabía más cosas acerca de Kingston, aunque me servían de muy poco. Era un hombre emprendedor, y que había rehecho su fortuna. ¿Y qué? Mucho más me interesaba saber quién había sido el hijo de perra que me metió el cadáver en el portamaletas.

Pero la curiosidad que me había impulsado a dirigirme al Banco ya había sido satisfecha, y por eso me despedí, tras tomar unas breves notas, como si en efecto preparara un reportaje.

El director me había parecido un hombre agradable, que no debía estar ligado para nada a los caciquismos de aquella tierra.

Cuando ya estaba en la puerta, murmuré:

—¿Qué opina de Haifa?

—El señor Haifa no es cliente nuestro —contestó evasivamente.

—Pero ¿qué opina de él, en el terreno personal?

—El señor Haifa nunca ha sido elegido para un cargo político. Simplemente, él hace que sean elegidos los demás.

—Es una potencia, ¿no?

—Es uno de los hombres más influyentes que hay en el Sur. Y perdone si no le doy más detalles.

Con eso quería indicarme que no me metiera con él, en el reportaje porque podía pasarlo mal.

Pero yo no iba a escribir ningún artículo. Pensaba meterme con Haifa de otro modo. Así que le hice un saludo con la mano, desde la puerta, y salí.

Cuando estaba ya en la calle, vi que un par de chicas se habían sentado en el portamaletas de mi coche. Eran las típicas teenagers, atrevidas, que tanto abundan ahora hasta en las ciudades pequeñas.

—Hola, chatas —dije—. Fuera.

—¿Qué pasa?

—Que os larguéis de aquí.

—¿No nos invitas a dar una vuelta?

—¿A las dos?

—¿No te atreves?

No, no me atrevía. A cada uno lo suyo. Y a mí no me correspondía una chica de dieciséis años. Además, las muy condenadas venían en plan de guasa.

Si hubiese sido Ellen, ya habría representado otra cosa. Pero Ellen no estaba allí.

—Largo —dije—. Me estáis arañando el portaaviones.

Una de ellas, que llevaba unos tacones altos y agudísimos, los pasó por toda la parte trasera de la carrocería. Dejó dos marcas que no se quitaban ni pintándolas de nuevo.

Luego, saltaron a tierra.

—Ni que llevaras un muerto en el portaequipajes —dijo una de ellas.

Aquello hizo que la boca se me quedara seca.

Chasqué dos dedos, me dirigí al volante y salí cuanto antes de allí.

Me parecía que los ojos de todo el mundo permanecían clavados en mí, y estaban dotados de rayos «X».

Y que todos podían ver el «fiambre» que llevaba dentro como único equipaje.

Pensé en ir a ver al fiscal Garrison, antes de avisar a la policía, pues a él podía interesarle dar a aquel asunto otro enfoque. Por lo menos, no había duda de que debía ser él quien se enterara de lo sucedido, en primer lugar.

Por eso puse proa hacia la ciudad, bordeando el lago.

En mi oficio, hay que tener unos nervios muy especiales. Uno cobra del Gobierno, pero a la hora de la verdad, el Gobierno no quiere saber nada con él. Los emolumentos de uno ni siquiera están en la nómina del Estado. Somos gente a la que se emplea para morir o matar de una forma anónima, oscura. Hasta los del FBI y los de la CIA tienen más suerte, porque al menos llevan una credencial. Nosotros, no.

Si alguien me decía que el «fiambre» de detrás lo había «apiolado» yo, tendría que aguantarme.

Por eso decidí ir a ver a Coretta, antes. No estaría de más que supiese lo ocurrido.

¿He dicho ya que estábamos en un hotel delicioso, donde no nos molestaba nadie?

¿He aclarado que el hotel estaba rodeado de jardín?

¿He afirmado que ya era de noche?

Bueno, pues si ya he dicho todas estas cosas, a nadie le extrañará lo que diré ahora. Por lo menos, no me extrañó a mí. Y por eso, cuando en el jardín de aquel hotel delicioso, sin molestias, bajo la noche dulce y todo esto, se me clavó el cañón de un maldito rifle en la espalda, ni siquiera arqueé una ceja.

CAPÍTULO V

Acababa de cerrar el contacto y detenido el «De Soto» en la playa de estacionamiento del hotel, en una de las zonas más oscuras, pues no me interesaba exhibirme demasiado para que nadie hurgara en el portaequipajes, cuando noté aquel contacto.

Alguien debía haberme estado esperando.

Alguien que se movía con desconcertante rapidez, en silencio, y que además conocía su oficio muy bien. Reconocí el cañón del rifle, por su forma y su dureza. Sin moverme, susurré:

—¿Qué es esto? ¿Una felicitación de Navidad?

—Algo mejor; es el premio de la lotería, muchacho.

—¿Cuánto he ganado?

—Vas a ganar dos docenas de perdigones de primera calidad, si no te mueves aprisa.

Los labios me temblaron un momento.

El fulano que tenía a mi espalda debía llevar el rifle cargado con perdigones gruesos, de los que se emplean para cazar patos salvajes. Así se explicaba que hubiese podido exhibir tranquilamente el arma, por las cercanías del lago. A aquella distancia me convertiría en pedazos, si se le ocurría apretar el gatillo.

Por eso murmuré:

—¿Hacia dónde he de moverme?

—¿Ves aquel pabellón?

Me señalaba uno, al fondo del sendero donde brillaba una lucecita. Aquel pabellón estaba medio derruido, y no servía para nada. Se veía la camioneta de unos albañiles que, durante el día, debían ocuparse de derribarlo.

—Largo hacia allí.

Eché a andar. El individuo me seguía a menos de dos pasos de

distancia. Oía claramente sus pasos tras los míos, en la gravilla del sendero.

Dentro del pabellón, como esperaba, había alguien más. Eran otros dos tipos, que parecían arrancados de una novela de Jack London. Aunque iban bien vestidos, sus caras eran todo un poema. He visto ahorcados que tenían bastante mejor aspecto.

También llevaban escopetas de caza, sin duda cargadas con perdigones gruesos.

Esa clase de armas son una verdadera lata (para el que está enfrente, claro). Resulta muy difícil huir porque la perdigonada se extiende en todas direcciones, y uno, haga lo que haga, siempre queda en medio. Pero no me inmuté.

El tipo que estaba detrás de mí me presentó, con toda finura:

—Este maldito hijo de perra, este cerdo infectado, este perro sarnoso que aquí veis, fue el que mató a Singer. Los muchachos han descubierto el «Pontiac» hundido en el Mississippi, junto al sitio donde debían liquidar a ese buitre. Y el buitre está vivo, de modo que el que los hundió fue él. También está viva la pájara.

Este lenguaje podrá ser todo lo poco académico que se quiera, pero nos entendimos perfectamente.

Y deduje que estábamos allí para corregir el error de los otros: es decir, ahora nos hundiríamos Coretta y yo.

—¿Quién os manda? —mascullé.

—No te importa.

—¿Haifa?

Noté una leve vacilación en sus rostros. Y pensé, de una manera instintiva, que acababa de dar en el blanco.

—No te importa —repitió el que había hablado antes.

Me señalaron el teléfono de pared que aún colgaba de un tabique del pabellón.

—Llama a tu amiguita.

—¿Para qué?

—Vas a decirle que venga aquí. Le confesarás que te estás derritiendo. Que no puedes pasar un minuto más sin ella.

—Y le diré, también, que se ponga un chaleco blindado —mascullé.

Uno de los tipos rió.

—Las chicas no llevan chaleco, pero, por mí, que se lo ponga.

Todos se pusieron a reír, como si la situación resultara la mar de divertida.

Pero yo adiviné que me liquidarían enseguida, si no obedecía, de modo que descolgué el teléfono. Me interesaba ganar tiempo.

Coretta contestó. Reconoció enseguida mi voz.

—Halló, querido…

—Coretta, necesito verte.

—Y yo quiero verte a ti, cariño. He pedido una botella de champaña y una cuba con hielo. También dos copas. He pedido que pusieran en la puerta el letrerito de «No molesten».

—Pues quítalo, nena.

—¿No vas a venir?

—Di que en lugar de ese letrerito pongan otro.

—¿Otro? ¿Y qué ha de decir?

—«El entierro tendrá lugar mañana».

Oí el chasquido de sus dientes al otro lado del hilo.

—¿Qué te pasa, Johnny?

—Ven, aquí. Estoy en el pabellón que hay al final del sendero, a la izquierda de la playa de estacionamiento.

—Eso queda algo lejos del hotel.

—Por eso mismo. Verás lo bien que lo vamos a pasar, sin que nadie nos oiga.

Y me dispuse a colgar.

Pensé que Coretta se daría cuenta de que algo extraño sucedía, y vendría armada, o al menos tomaría alguna clase de precauciones. Pero en lugar de eso, antes de retirar del todo el auricular de mi oído, aún la oí decir:

—¿Traigo el champaña, querido?

La muy idiota…

Lancé una maldición, y colgué definitivamente.

Los tres tipejos me miraban, sonriendo.

Sus escopetas de caza estaban vueltas sobre mi cabeza. Nunca habían tenido un blanco más seguro que aquél. Seguro que nunca habían apuntado a un pato que volara menos que yo.

Los segundos transcurrieron con increíble rapidez. Yo esperaba que no llegara nunca aquel momento, pero al fin llegó. Una vez me hubieron desarmado, se abrió la puerta. Coretta Harris apareció en bata. Y la muy ingenua llevaba en las manos la cubeta con la

botella de champaña.

Lanzó un grito al ver a los tres hombres allí. Y entonces comprendió, pero de nada le sirve la inteligencia a uno, cuando la mente funciona demasiado tarde.

Dos de los rifles me siguieron apuntando a mí. El tercero se volvió hacia ella.

—Cierra, muñeca.

—Tú ayudaste a ese tipo a liquidar a Singer —acusó uno de los gorilas.

—Y ahora vamos a poner las cosas en su sitio —gruñó otro.

—Suelta el champaña, pequeña.

Yo me di cuenta de que ninguno de los tres asesinos estaba dispuesto a perder el tiempo.

Eran hombres de trabajo grosero y rápido. Escopetazo y a otra cosa. Ésos no se entretenían demasiado en dorarnos la píldora.

De modo que dije a Coretta:

—Al menos, beberemos la última copa de champaña, pequeña.

Sin esperar la respuesta, tomé la botella. Hice el gesto del que va a descorcharla.

Pero, en realidad, la botella voló hacia la cabeza del enemigo que tenía más cerca. Me moví con una rapidez, con una desesperación, que a mí mismo me asombró, y que asustó más aún al pobre fulano que tenía enfrente. Éste no tuvo tiempo de apretar el gatillo. Si lo tocó fue en sueños, cuando tenía la cabeza abierta y cuando ya su alma había ido a reunirse con la de sus antepasados, que vaya usted a saber qué pinta tendrían.

El golpe se lo asesté mientras me desviaba un poco. Todo lo que me permitían las circunstancias, que no eran demasiado buenas. Pero al menos bastó para que la perdigonada del otro individuo que me estaba apuntando, no me alcanzase.

Los perdigones salieron aún apretados del cañón, que estaba demasiado cerca. Me rozaron y fueron a dispersarse antes de llegar a la pared, donde dejaron una mancha negra, amplia y mortífera.

El hombre no tuvo tiempo de recargar el arma. No pudo ni soñar en eso.

Antes de que moviera un dedo más, le había conectado ya dos golpes al cuello, con el canto de la mano derecha. Se derrumbó como un fardo. Tenía la garganta destrozada.

En cuanto a Coretta, no se había estado quieta.

En la CIA no admiten a los poetas. La chica me había convencido de que podía lucirse en un escenario, pero también me demostró que podía lucirse en un *ring*. Lo primero que hizo fue lanzar el agua glacial, con los pedazos de hielo, a la cara del individuo que la apuntaba, mientras se lanzaba a tierra.

La perdigonada se dispersó cuando había pasado por encima de ella. Caso de estar el tirador un poco más distanciado, la habría alcanzado de lleno.

Uno de los tirantes de su portaligas era, en realidad, una pequeña funda. De ella brotó un afilado estilete como por arte de magia, en cuestión de segundos. Ahora supe por qué usaba portaligas y no los *panties*; la nena.

El matón no tuvo tiempo ni de parpadear.

Bruscamente, se encontró con él en la garganta, mientras intentaba llevarse la mano derecha a la americana para sacar una pistola de su funda axilar. Cayó de espaldas y lanzó una especie de ronquido. Yo, mientras tanto, había recuperado ya mi «German Luger».

No vacilé ni un momento.

Había que impedir que aquel tipo pudiera empuñar su arma, y al propio tiempo, quería ahorrarle sufrimientos.

Tiré contra su cabeza.

El matón sufrió un espasmo, y quedó espantosamente quieto. Entonces Coretta y yo nos miramos a la cara.

—Entre dos ha sido más fácil —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—¿Por eso me has llamado?

—Por eso y por dos cosas más: una de ellas era porque no me quedaba otro remedio.

—¿Y la otra?

—Que tenía ganas de verte, cariño.

Fui a tender la mano hacia ella, pero me largó un zarpazo.

De todos modos, no me desanimé, porque yo siempre he tenido gran fe en mí mismo.

¿He dicho alguna vez que soy un tío sensacional, un tipo de los que ya no quedan?

¿No? Pues lo digo ahora…

CAPÍTULO VI

Pero un individuo tan sensacional como yo tiene sus problemas. El primero era deshacerme de aquellos muertos. No podía llamar a la policía, y ponerme a explicar cosas. Significaría el fracaso absoluto de mi misión.

Coretta debía pensar lo mismo, porque masculló:

—¿Que vamos a hacer?

—Tengo una idea.

—¿Una idea, tú? ¿De verdad?

—Voy a buscar el coche alquilado.

—¿El «De Soto»?

—Ajá.

Sin esperar respuesta, salí de allí. Fui a la playa de estacionamiento, puse en marcha el potente bólido, y regresé con él al pabellón. En torno nuestro seguía imperando el silencio. Al abrir la puerta, me di cuenta de que Coretta había demostrado ser una chica lista, porque estaba lanzando polvo y residuos sobre las manchas de sangre. De ese modo, desaparecerían casi por completo.

Me miró.

—¿Qué vas a hacer?

—Meter los cadáveres en el portaequipajes del coche.

—¿Tú crees que cabrán?

—La verdad, tengo mis dudas.

—A ver, prueba.

Pero cuando la chica vio que ya había un «fiambre» allí, los ojos se le volvieron cuadrados.

—¿De dónde has sacado a ése?

—Tenía que protegerme.

—¿Y ahora?

—Le protejo yo a él.

Quedó boquiabierta, y hasta yo creo que, por un rato, le faltó el aire en los pulmones. Al fin, se pasó una mano por los ojos, y musitó:

—Prueba.

En el enorme portaequipajes del coche cupieron los cuatro muy bien, colocados uno sobre el otro. Lamenté que la casa fabricante no supiera aquello, porque en la propaganda podría haber empleado la frase: «Gran capacidad en el portaequipajes: ocho maletas o cuatro muertos». Pero me prometí escribirles en la primera ocasión, diciendo que estaba muy contento del diseño de su coche.

Cerré el portaequipajes con llave, y miré a Coretta.

No puedo negar que estaba muy cansado. Todo aquello me había derrumbado los nervios, y lo notaba ahora. Sentía que se me cerraban los ojos.

El agotamiento nervioso es más demoledor que el cansancio físico. Termina con cualquiera, y estaba a punto de acabar conmigo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó ella.

—No puedo avisar a la policía.

—¿Por qué no?

—Mi cargo es muy especial. Trabajo para el Gobierno, pero fuera de unos cuantos individuos, que ocupan cargos de confianza en la Casa Blanca, nadie me conoce. Uno de los que puede responder de mi conducta es el director del FBI, pero necesitaría acudir a él directamente, sin escalas intermedias. Me temo que tendré que resolver todo el asunto antes de poder dar explicaciones a nadie.

Señalé el coche y añadí:

—Pero no puedo tener a esos tipos ahí indefinidamente. En Luisiana hace calor. Dentro de veinte horas ese coche se pondrá imposible.

—Lo cual significa que tienes veinte horas para llegar a algún resultado.

—O menos, pero no es eso lo peor.

—¿Qué es lo peor? —musitó Coretta.

—Que no he recibido instrucciones. Todo lo que se me dijo fue que iba a servir de enlace con el fiscal Garrison, y que debía comunicar al Gobierno los descubrimientos de éste, si rozaban el

prestigio de personas que estuvieran a mucha altura. Pero nada más, en ese aspecto. También me dijeron que tenía que llevarte detenida a Washington, pero ése es un punto que no he llegado a entender. Si tú trabajas para la CIA, ¿por qué había de detenerte?

Ella no contestó. Supuse que, si no me daba una respuesta, era porque no la sabía. Únicamente siguió mirando el coche, cuya suspensión trasera acusaba el enorme peso del portaequipajes.

—Bueno, ¿qué harás con él?

—Lo dejaré en un sitio donde nadie pueda encontrarlo —dije—. Y ahora, no hablemos más. Vete a cambiarte, mientras yo lanzo los rifles al lago. Te esperaré en la puerta principal del hotel.

En efecto, los rifles aún estaban allí. Me los puse bajo el brazo, y caminé hacia las aguas quietas del lago. Nadie me vio porque aquella zona era muy tranquila y solitaria. Cuando me convencí de que las armas se habían hundido profundamente en las aguas, regresé al volante del «De Soto», lo puse en marcha y me detuve ante la puerta principal del hotel.

Coretta salió muy poco después. Llevaba una falda ceñida y un jersey negro, que marcaba las líneas opulentas de su busto. Entre ella y las modelos que yo había conocido en París, no había ninguna semejanza. Se sentó a mi lado y cabalgó una pierna encima de la otra.

Traté de olvidarla, y puse proa hacia el condado de La Fourche, hacia el oeste, para lo cual tenía que atravesar el río. Creía que los conflictos habrían terminado, por aquella noche.

Pero supuse mal.

Apenas había salido de la carretera particular del hotel, cuando un automóvil, oculto entre unos arbustos, con los faros apagados, se puso a seguirme. Luego, encendió las luces, porque de otro modo, le habrían detenido los motoristas. Pero unas tres millas más allá, cuando existía el peligro de que yo pudiera notar su insistencia en seguirme, otro tomó el relevo.

De ese modo empezó lo que Coretta Harris no podía imaginar. De esa forma, se inició la aventura más condenada y más sucia de mi vida.

Se ve que hasta entonces no había tenido bastante.

CAPÍTULO VII

En el condado de La Fourche, que toma el nombre de un río llamado así, existe un pequeño lago llamado Boeuf. Los nombres se han conservado desde la época del dominio francés sobre Luisiana, así como algunos paisajes encantadores, que parecen arrancados de un rincón de la vieja Europa, y algunos viejos edificios. Pero yo no pensaba en eso. Sólo me decía a mí mismo que en la comarca del lago Boeuf había espesos cañaverales, entre los cuales no sería difícil ocultar el coche.

No noté que alguien me siguiera. Es decir, había observado la presencia del primer automóvil, pero ya no me llamó tanto la atención el segundo.

Rodaba a poca velocidad para no correr el riesgo de que un motorista de tráfico me detuviese. Si eso ocurría, y por casualidad abría el portaequipajes, la historia de Landrú iba a quedar pequeñita al lado de la mía.

Pero no pensé que mi escasa velocidad era un factor en contra mío. El primer automóvil pudo atajar por otro camino y esperarme en un cruce. Mientras tanto, el otro no se despegaba de mí, manteniéndose a unas quinientas yardas de distancia.

Cuando las cosas empezaron a ocurrir, ya era demasiado tarde para que yo reaccionase. Vi de pronto que un coche se me cruzaba delante, cortándome el paso en la estrecha carretera. Y en aquel momento, el que venía detrás de mí dio gas a fondo.

Las distancias se acortaron en un instante.

Me sentí acorralado.

Y lo único que se me ocurrió hacer fue echar mano de la «German Luger», mientras gritaba a Coretta:

—¡Baja!

Ella obedeció instantáneamente, mientras una metralleta se ponía a ladrar en el primer coche, tratando de cortarnos el camino. Las balas segaron la hierba a nuestros pies, mientras saltábamos a toda velocidad posible. Por fortuna la carretera estaba flanqueada por espeso follaje, y eso me salvó.

Al menos de momento.

Los del segundo coche habían bajado también, al llegar a la altura del nuestro. Al volver la mirada atrás vi que eran cuatro hombres, entre los del primer coche y dos del segundo. Por fortuna, ellos no me vieron a mí. En aquel instante, estaban aún un poco desorientados, a ciegas. Cosa que también me ocurría en parte a mí, al no saber hacia dónde avanzaba.

Coretta también llevaba una pistola, que había recogido en la habitación del hotel. Hizo gesto de ir a disparar.

—¡Ahora, no!

—¿Es que vamos a dejar que nos cacen como liebres? —barbotó.

—La única defensa que tenemos es que no sepan dónde estamos. Sígueme.

Confiaba en que la vegetación se espesaría cada vez más, y que eso nos permitiría huir, pero el desconocimiento de la comarca me jugó una mala pasada. De repente, me di cuenta de que aquello no se espesaba, sino todo lo contrario.

La vegetación cesó.

Nos encontramos en una zona terrosa y desértica, donde empezaba una pequeña colina, con dos galerías semejantes a entradas de mina. Pero debían ser unas entradas muy viejas, porque las vigas tenían aspecto de podridas, como si fueran a derrumbarse de un momento a otro.

Lancé una imprecación.

No podíamos volver atrás, porque eso equivaldría a tropezamos de narices con nuestros enemigos.

El único recurso estaba en meternos allí, en aquellas galerías de la vieja mina, y tratar de defendernos, aunque eso fuera como acorralarnos nosotros mismos.

Entramos en la primera galería, confiando en que no nos vieron. Pero nuestros cuerpos se recortaron a la débil luz de la noche, mientras penetrábamos allí, y nuestros cuatro enemigos salían del espeso follaje.

Una voz gritó:

—¡Allí!

Nos pegamos a las paredes mientras las balas mordían las vigas. Fue una verdadera rociada. Oí las maderas crujir, descomponerse, mientras las balas penetraban en sus entrañas carcomidas.

Mascullé otra imprecación.

Aquello no ofrecía la menor seguridad, podía hundirse en cualquier momento, pero ya estábamos dentro, y no podíamos salir. Enfrente había cuatro enemigos armados, no con pistolas, sino con metralletas.

Acaricié la «Luger».

Era posible que yo no saliera vivo de allí, pero no me iría de vacío al otro barrio.

Susurré a Coretta, en una pausa de los disparos:

—Tú no hagas fuego, mantente en reserva.

—De acuerdo…

Moví un poco la cabeza para otear. De los cuatro enemigos, vi solamente a dos.

Ellos no debieron verme a mí, pero su potencia de fuego les permitía batir todos los rincones. Por poco me vuelan la tapa de los sesos. Fui deslizándome poco a poco por la húmeda pared hasta quedar casi en cuclillas en el suelo. En esa poco académica postura disparé dos veces del modo que me habían enseñado a hacerlo. Y conste que los maestros de las «policías paralelas» son los más temibles asesinos del mundo, aun cuando no ejerzan su «arte».

El individuo que estaba a mi izquierda, a unas veinte yardas, dando saltitos como un pajarraco, recibió los dos proyectiles en el bajo vientre. Emitió un aullido de espantoso dolor, y sus saltos se hicieron más largos y grotescos. Pero la película se terminó enseguida. Lanzó un ronquido, hizo una pirueta, y hundió la cabeza en el suelo para no levantarla más.

El otro se había apresurado a correr para ponerse más a cubierto. Me pareció que Coretta tenía mejor campo de tiro que yo, y farfullé:

—Dale…

Coretta disparó, pero debía estar muy nerviosa. Falló el disparo. Entonces el individuo vino de nuevo, creyendo huir de mi campo de tiro.

No vacilé demasiado. La «Luger» es una herramienta con la que da gusto trabajar. Cuando zumba, apenas la nota uno entre los dedos. El individuo recibió las dos balas en el corazón, quedó también en cuclillas, y terminó por caer de espaldas, mientras soltaba la metralleta.

Sonreí.

En pocos minutos el panorama había cambiado completamente. Ahora éramos dos contra dos. E incluso Coretta y yo teníamos la ventaja de «ver venir» a nuestros enemigos.

Se produjo entonces un repentino silencio.

Los dos que quedaban vivos debían estar pensando lo que les convenía hacer. Yo decidí esperar, porque sabía que eran ellos dos los que más prisa tenían por desencadenar el ataque.

Las balas empezaron a aullar de nuevo, ahora junto a la entrada.

Uno de los dos tipos se había situado a la entrada de la mina, a nuestra derecha. Tiraba al azar, pero con la esperanza de que nos alcanzaría algún rebote de bala.

Éstas, sin embargo, se hundían en la madera y en la tierra blanda. No rebotaba ninguna. Y aunque pasaban junto a mi cabeza, me daban menos miedo que los aullidos de un tigre en la distancia.

Si aquel tipo se asomaba un poco, le dejaría seco. Era yo el que tenía todas las ventajas.

Pero entonces me di cuenta de que contaba con algo mejor. Era aquel pedazo de raíl hundido verticalmente en la tierra, y que estaba también a mi derecha, fuera de la boca de la mina. Debía quedar enfrente y a muy poca distancia del individuo que disparaba al cual yo no lograba ver.

Envié entonces las balas contra aquel raíl, procurando hacer carambola. Allí sí que rebotaban. Mi enemigo no se dio cuenta del peligro hasta que ya fue demasiado tarde.

Un par de esquirlas debieron clavársele en las piernas. Lanzó un gruñido de dolor, pero eso no fue lo peor para él. Lo malo fue que perdió el equilibrio, y su cabeza pasó por delante de mi pistola, como un balón muerto pasa ante la bota de un delantero, a portería vacía.

No tuve más que apretar el gatillo. En la frente de aquel individuo se formó un botón rojo. Cayó pesadamente, a muy poca distancia de la boca de la mina.

Apreté los labios.

Bueno, aquello había marchado mejor de lo que yo esperaba. Ya no teníamos más que un enemigo enfrente. El peligro estaba conjurado para Coretta y para mí.

Lo único que trataría de hacer el que quedaba con vida sería intentar salvar el pellejo. Huiría como una liebre. Y yo procuraría no matarle para sacarle toda la información que pudiese.

Pero él contaba con una ventaja, que era la metralleta. Su potencia de fuego, aunque fuera uno solo, resultaba mucho mayor que la de nosotros dos juntos. Por eso pensé que valía la pena igualar las cosas. Podría hacerme con una metralleta, asomándome un poco por la boca de la mina. ¿Y por qué no?

No me acordé de la otra entrada. No pensé en que las dos galerías debían comunicarse.

Me asomé un poco, y me hice fácilmente con la metralleta del muerto que estaba más cerca.

Mi error fue el no pensar que podía tener a mi enemigo detrás. Que podía haber entrado por la otra boca de la mina, mientras sus compañeros me entretenían, y llegar a nuestras espaldas mediante las galerías que se comunicaban.

Iba a volver a entrar, cuando «aquello» sucedió.

Fue todo tan rápido, tan brutal, que no pude ni siquiera verlo bien. Fue como un maldito, como un condenado, como un aborrecible sueño.

El individuo estaba detrás de Coretta, apenas a unos pasos.

Quizá quería matarme en primer lugar a mí, pero le fue más fácil acabar con ella. Sin pestañear, le vació medio cargador en la espalda. Creo que la deshizo. De la hermosa boca de Coretta Harris escapó un espeso chorro de sangre.

El tipo, entonces, me miró a mí. Fue a alzar el cañón de la metralleta, en cuyo vientre aún había un cargador a medio consumir.

No le dejé. Yo ya tenía el dedo en el gatillo, y tiré frenéticamente, rabiosamente. Vi al tipo tambalearse, saltar, desintegrarse en el aire. No sé cuántas balas llegué a disparar. Creo que nunca había enviado un huracán de plomo tan rápido, tan atroz y tan contundente.

Cuando ya no quedaron balas en el cargador, me puse en pie. La

nuca me hacía daño. Los ojos giraban en el interior de mis órbitas como dos globos locos. Miré a Coretta, y no tuve valor para acercarme a ella.

Creo que vacilé un momento. Me apoyé en uno de los gruesos maderos que aseguraban la puerta.

Poco a poco, con esfuerzo, mi cerebro volvió a funcionar. Una especie de lucecita roja se encendió en mi interior. Pensé que no podía haber pasado nadie por la carretera en todo aquel tiempo, pero, caso de pasar, habría oído los disparos, aparte de tener que detenerse a la fuerza porque los coches estaban cruzados sobre el asfalto, de cualquier manera.

Era necesario que yo volviese allí.

Por mucho que me doliera dejar a Coretta Harris, no podía estropearlo todo, entreteniéndome un minuto más.

De modo que me alejé. Quise hacerlo deprisa, y en realidad, fui poco a poco. Me tambaleaba como un borracho. En mi cerebro parecía como si aún sonasen descargas de metralleta.

Llegué a la carretera.

Y entonces lo vi todo perdido, pues me di cuenta de que ya era demasiado tarde.

Los coches no estaban cruzados de cualquier modo, sino correctamente alineados al borde de la carretera, y, además, con las luces de situación encendidas.

Incluso el mío.

Y aparcada muy cerca se hallaba una moto enorme, una potente «Harley Davidson», como las que usa la policía del estado de Luisiana.

Estaba acorralado.

No llegaría nunca a aclarar lo sucedido. Los verdaderos conflictos empezaban ahora para mí.

Solté la metralleta, y pensé que mejor era no resistirse, ni tratar de huir.

—¿Cansado, querido?

La voz había sonado de pronto.

Me estremecí, temblé hasta los huesos.

Porque era una voz de mujer. Y además, una voz de mujer de las que, sin quererlo, le hacen pensar a uno: «Si la voz es ya así… ¡cómo será lo otro…!».

CAPÍTULO VIII

«Lo otro» era de primera.

Al volverme, la vi y estuve a punto de marearme. La muchacha se hallaba en el borde de la carretera, mirándome con fijeza. Llevaba una ceñida falda negra, un ligero jersey gris, y botas hasta media pantorrilla. Unas botas buenas para unas piernas de calidad, todo hay que decirlo. Sus labios eran rojos, pulposos y sensuales. Sus cabellos rubios le caían sobre el hombro izquierdo, recogidos en una gruesa trenza.

Tuve que cerrar los ojos y abrirlos un par de veces para darme cuenta de que ella era una realidad, no un sueño.

Chascó los dedos.

—¿Tanta sorpresa tienes?

—¿Quién eres tú? —balbucí.

Estaba dispuesto a creer cualquier cosa. Preparado para creer que ella había venido en un OVNI, en un vehículo de otro planeta.

—¿Quién eres? —repetí.

—No hablemos ahora. Vámonos. No hay un minuto que perder.

—¿Tú has aparcado esos coches?

—Claro. De lo contrario, hubiera quedado interrumpida la carretera, y se hubiera armado un verdadero lío. Ya han pasado por aquí dos automóviles que, de otro modo, se hubieran detenido. Y así ni siquiera se han dado cuenta de nada.

No le pregunté por qué había hecho aquello. Era evidente que había sido para ayudarme. Por alguna misteriosa razón que no acertaba a comprender, de momento, aquella chica estaba de mi parte.

—De acuerdo —dije—. Nos largamos. Pero antes, he de registrar esos automóviles.

—No te preocupes, cariño. Lo he hecho yo.

—¿Y qué?

—Llevan una documentación absurda. Uno es de un médico, y otro es de un arquitecto. Seguro que son robados.

No me extrañó. Era lógico, teniendo en cuenta para qué querían utilizarlos.

También podía ser que la chica me engañase, pero decidí confiar en ella.

Me señaló mi coche, y yo me puse al volante. Ella se acabañó en la poderosa «Harley Davidson» que había visto antes. Ahora me di cuenta de que no llevaba la placa de la policía, ni luces rojas, ni emisora de radio. Era simplemente la moto de un particular, pero el susto que me había dado antes no se pagaba con nada. Era uno de esos sustos de infarto.

La chica debía llevar las botas hasta media pantorrilla para conducir mejor. Tuve la sensación de que me había pasado la vida deseando ver unas piernas como aquéllas. Y ahora que las tenía cerca… ¡debía largarme!

Con los hombres como yo, hay que tener cuidado. Cuando ven unas extremidades inferiores (léase piernas) de primera categoría, se olvidan hasta de los muertos.

Porque aquello tuvo la virtud de arrancarme de la cabeza el recuerdo de Coretta. Sin embargo, volví a pensar en ella cuando rodaba a poca velocidad, alejándome de allí, mientras la extraña desconocida muchacha (pues aún no sabía su nombre) me seguía con la «Harley Davidson».

Pensé que tenía que cambiar de hotel nuevamente. No me convenía volver al último en que había estado con Coretta. Y tenía también que deshacerme de aquel coche, en cuyo portamaletas llevaba nada menos que cuatro «fiambres».

Al cabo de quince minutos, atravesamos una pequeña población. Había unos doce coches circulando a poca velocidad por la calle principal. Bueno, pues al pasar la chica, los dos chocaron en cadena. Y lo peor fue que los conductores no se enteraron de lo que les estaba sucediendo hasta que ella desapareció.

Yendo hacia el norte, y siguiendo casi la frontera del estado de Mississippi se encuentra uno en la ciudad de Bogalusa, que no es muy grande, pero tiene todo lo que hay que tener: unos cuantos

cines, dos bailes, Bancos, iglesias, un par de tontos de plantilla, y unas cuantas chicas, de las que las comadres murmuran, porque si no, ¿qué iban a hacer? En Bogalusa también hay una fuerte dotación de policía, pero eso fue lo que menos me gustó de todo.

Apenas pasada la población, nos detuvimos en un motel.

Me acerqué al mostrador de recepción, y pedí una habitación doble.

Dicen que el mundo es de los audaces, y que el que es cobarde siempre pierde.

Ella oyó lo de la habitación doble, pero no se opuso.

Nos la dieron.

Era una pieza tranquila, delante de la cual estacionamos el coche. Las cortinillas, los cuadros que adornaban las paredes, el ambiente, todo era de luna de miel.

Yo seguí pensando que el mundo era de los audaces y todo lo demás.

Tendí las manos hacia la chica.

Bueno, entonces averigüé otra cosa. El que es cobarde pierde, pero al que es audaz se la pegan.

El guantazo que me arreó la chica fue de los que hacen pedir el retiro a uno.

Extrajo luego una credencial, y la arrojó sobre la cama.

Yo conocí al instante aquel maldito y condenado documento. Era exacto al que me tenía a mí ligado al Gobierno, sin que nadie me lo agradeciera. Era el mismo que haría que me enterrasen en cualquier tumba ignorada, sobre cuya lápida los funcionarios escupirían en los días de fiesta. Era la misma credencial que me convertía en un agente secreto tan pútrido que ni el Estado quería saber nada conmigo.

Uno de esos hombres que lo mismo emplea la CIA que el FBI, que la Casa Blanca para resolver asuntos de alto compromiso.

Uno de esos tipos que existen también en Inglaterra, en Francia, Alemania y sobre todo, en Rusia. Uno de esos tipos que han hecho del estado de Israel, uno de los más pequeños de la tierra, uno de los más temibles.

Ella murmuró:

—Ya ves que somos compañeros, hermanito. Y entre compañeros, menos confianzas.

Confesar que yo me sentía petrificado, es decir poco. Tenía la sensación de que me habían engañado. No hay derecho a que una chica así se convierta, de repente, en un compañero de escalafón.

Ella habló:

—Me llamo Sonia.

—Me alegro de conocerte, Sonia. Encantado de haberte conocido tan oportunamente.

—He venido a trabajar, no a hablar.

—¿A ayudarme?

—Exacto.

—¿Quién te envía?

—Los mismos que te han enviado a ti.

Se produjo un silencio.

—A ti te enviaron aquí con una misión que no conocían totalmente —me dijo—. Tenías que pasar por un funcionario infiel. Oakland era un cerdo que ya pagó, pues se mató en un accidente, cuando le perseguían. Tú usas ahora su documentación y su nombre.

—Hasta ahí lo sé todo, muñeca.

—Coretta Harris era una auxiliar de la CIA, que estaba en contacto con Singer y su cuadrilla para pasarles una lista de sospechosos prestos a ser detenidos. Pero Oakland ya había engañado a Singer una vez, y era de temer que éste quisiera vengarse. Por eso, vuestro trabajo resultaba doblemente peligroso.

—Hasta ahí también lo sé, nena —dije, acordándome, de muy mala gana, de todo lo que había pasado junto al río.

—Era natural que Singer quisiera eliminarnos —barboté.

—Pero nuestros jefes confiaban en que saldrías con vida.

—Coretta, no —dije lúgubremente.

—¿Han acabado con ella?

—La han cosido a balazos.

Una sombra triste pasó por sus ojos. Estoy seguro de que lo sintió, aunque no debía conocer a Coretta. Noté en su rostro que lo lamentó, y no sólo por el pensamiento de que lo mismo le podía ocurrir también a ella.

Ése fue todo el funeral que tuvo Coretta: unas palabras mías y una sombra triste en los ojos de una mujer que ni siquiera la conocía.

Nuestro oscuro mundo está lleno de seres así, que mueren sin dejar más rastro que el leve recuerdo del compañero que voló para siempre.

Pasado aquel leve momento, Sonia dijo:

—Tenía que encontrarte en Nueva Orleáns para decirte que a Coretta yo la relevaba, pero en la capital yo no pude dar contigo. Os estabais moviendo mucho, ésta es la verdad. Hallé vuestra pista, y la seguí como pude hasta encontrar tu coche en la carretera.

Me pasé una mano por la boca, sin contestar.

Esperaba que ella siguiese hablando.

—Traigo otra lista —dijo— de personas que van a ser detenidas.

—¿Otro microfilme?

—Sí.

Rechinaron mis dientes.

—¿Y qué demonios quieres que haga con eso? —grité—. ¿Otra vez a empezar la condenada broma?

—Sí.

La frialdad de Sonia me anonadaba. También su manía de continuar ignorándome, como si yo fuera una estatua y no un hombre.

—Llevo otro microfilme que debes tratar de vender. Yo haré de chica ingenua que te sirve de enlace. Más o menos el papel que Coretta hizo.

—Pero ¿venderlo a quién? ¡Singer está muerto!

—Se lo ofrecerás directamente al jefe de Singer.

—¿Y quién es su jefe?

—El senador Kingston.

Me lo temía, pero aun así, la noticia no me gustó. No me agradó porque pensé en Ellen, a la que había besado en la puerta. ¿Qué sería de ella? ¿Por qué oscuros caminos seguiría su vida, cuando Kingston cayese?

—¿Y si Kingston trata de matarnos? —pregunté.

—¿Por qué había de hacerlo?

—¡Cuerno! ¡Porque, después de lo sucedido, ya no hay quien se fíe de mí! ¡Bastará con que yo trate de vender una lista para que ellos sepan que es más falsa que Judas!

—Es un riesgo que debes correr.

—Supongamos que el senador Kingston no me mata ni me

compra la mercancía —objeté—. Él, al fin y al cabo, no es un pistolero, sino un político, que sabrá escabullirse. ¿Qué hago entonces?

—Ofrecerla a su jefe, al jefe supremo.

—¿Y quién es?

—Haifa.

Tampoco me extrañó. Daba por descontado que el viejo millonario y cacique político tenía que estar detrás de todo aquello. Pero no veía para qué podía servir tratar de colocarles otra lista falsa, a no ser para que las manos se les fueran a los gatillos, y así me dieran ocasión de ser más rápido.

Entorné los párpados.

Esa posibilidad de que las manos se les fueran a los gatillos me parecía cada vez más remota.

—Sonia —dije—, hasta ahora, he tratado con Singer y sus matones, que eran los clásicos tiburones de la gente del hampa. Una pandilla de asesinos y de pistoleros que sólo servían para matar. Pero Kingston y Haifa son gente de altura. Ellos no se ensuciarán las manos. Se limitarán a darme esquinazo.

—Mejor para nosotros. Así no nos matarán.

—¿O sea, que la misión ha de llevarse a cabo de todos modos, aunque no sirva para nada?

—Sí.

Me encogí de hombros.

—Está bien. Obedeceré, porque para eso me pagan. Pero me gustaría saber de qué se acusa a Haifa —musité—. Y de qué se acusa a Kingston. Hasta ahora, no he sabido lo que buscábamos, en realidad.

—Haifa es el jefe de una organización que tiene diversas secciones —me dijo ella tranquilamente—. Tiene una sección comercial, pues Haifa es dueño de Bancos, supermercados, periódicos y cadenas de hoteles. Tiene una sección de chantaje, pues sus tiburones destrozan los establecimientos de quienes le hacen la competencia. Tiene una sección de política, porque Haifa mangonea todas las elecciones que se celebran en el Sur, de modo que siempre puede colocar gente adicta, en los puestos clave. Y tiene la que podríamos llamar la «sección criminal». Ésa es la que interesa de un modo especial al Departamento de Justicia. Y el FBI

no puede intervenir de manera oficial porque no se ha demostrado que, hasta ahora, se hayan cometido delitos federales. Es algo que tenemos que hacer nosotros.

Parpadeé.

—¿Qué es eso de «sección criminal»?

—En el Departamento de Justicia, se cree que Haifa controla y dirige a los que han cometido los últimos asesinatos políticos. Él les da dinero, les orienta y les transmite las últimas órdenes. El fiscal Garrison estaría muy contento de poder atrapar a un hombre como Haifa, pero no podrá. Hay demasiados millones y demasiados intereses detrás de él. Hay que conseguir que Haifa se meta él mismo en la boca del lobo.

—No creo que nosotros consigamos nada, tampoco —murmuré.

—Pero hay que probarlo.

—Supongo que, en primer lugar, tendré que ofrecer a Kingston el microfilme.

—Así es.

—¿Y cuándo he de hacerlo?

—Esta misma noche.

Di un suspiro.

—Nena, estoy molido.

—No podemos perder tiempo. Iremos los dos.

Me resigné.

—Está bien. Adelante…

Salimos de la habitación, y penetramos en la zona oscura donde estaba aparcado el coche. Allí pensé que las cosas me habían ido mal hasta entonces, pero que quizá podrían empezar a marchar bien, a partir de ahora.

Eso que cuentan de los audaces, ya sabe usted.

De modo que traté de llevar otra vez las manos a la cintura de Sonia.

Y entonces surgió aquel puño de la oscuridad. Aquel puño que me envió de un solo impacto al otro lado del garaje.

A usted, amigo, le consta que yo no soy manco. Usted sabe también que, a veces, tengo muy mal genio.

Entonces no le sorprenderá el que me levantase y tratara de repeler la que yo consideraba una injustificada agresión.

Pero antes de que pudiera mover los puños, ella musitó:

—Voy a presentarte a un amigo.

—¿Un amigo…?

—Se llama Rodney. Nos servirá de guardaespaldas, esta vez.

Me acordé del guardaespaldas que me había asignado el fiscal, y que ya estaba en el portaequipajes. Fue un mal pensamiento, pero la idea me agradó.

A éste también lo liquidarían.

Rodney me tendió una mano.

—Siento haberle atizado, Oakland.

—No me llamo Oakland.

—Bueno, pues siento haberle atizado, Johnny.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué le importaba lo que pudiera haber entre Sonia y yo?

No contestó, pero yo adiviné que la respuesta estaba clara. No estábamos allí para dedicarnos a las cinturas de las señoritas.

De modo que me pasé una mano por la mandíbula, tratando de encajarla en su sitio otra vez. Pero eso iba a ser muy difícil; me dio la sensación de que necesitaría, por lo menos, una llave inglesa.

Así que me aticé yo mismo otro golpe, se oyó un «crac», y los huesos volvieron a quedar encajados como si tal cosa.

—Trataré de ayudarles —dijo Rodney.

—De acuerdo: vamos allá.

Había que volver hacia el sur, y buscar nuevamente la carretera de Nueva Orleáns. Las autopistas no me gustaban porque estaban muy vigiladas, y no sabía lo que podía ocurrir, si me detenía un motorista. Pero como no había otro camino, acepté.

Esta vez la muchacha no empleó la moto. Vino conmigo, al igual que Rodney.

Estábamos bordeando el lago cuando vi la primera pareja de motoristas. Instintivamente, contuve la respiración, mientras levantaba el pie del acelerador. Pero no ocurrió nada. Ni siquiera nos miraron.

Cuando llegamos a la mansión de los Kingston, me di cuenta de que seguía iluminada, pese a lo avanzado de la hora.

Recordaba las dos puertas, la blanca y la negra. Y rememoraba aquel extraño panteón, en que estaba sepultada la madre del senador Kingston.

Sonia murmuró:

—Rodney se quedará aquí, pero yo iré contigo. Tengo que ser yo misma la que entregue el microfilme.

—De acuerdo, pero si se queda por aquí, Rodney podrá protegerme muy poco.

—Estaré dando vueltas por las cercanías —dijo el que me había atizado—. No me descuidaré.

Me di cuenta, entonces, por si no me había percatado ya antes, de que tenía planta de verdadero campeón.

Su jab de derecha era fabuloso, pues uno cualquiera no me habría hecho volar por los aires. Pero aun así, tenía ganas de demostrarle que yo tampoco era manca Tenía deseos de aplastarle las narices.

Él pareció adivinarlo.

—Todo llegará, Johnny —me dijo.

No contesté, y fui a la casa, en compañía de Sonia, atravesando el parque a pie. Podía haber llegado en el «De Soto» hasta el porche, pero no me seducía hacerlo, llevando en el portaequipajes cuatro cadáveres. Y pensé que había tenido razón cuando vi la figura que también se acercaba a la casa.

Era un individuo vestido de azul, con camisa, pantalón de montar y botas. Llevaba un revólver a la altura de la cintura y, sobre las hombreras, los emblemas inconfundibles de la policía estatal de Luisiana.

La boca se me secó.

Inmediatamente, pensé que aquel agente tenía algo que ver con nosotros.

Pero al oírnos avanzar y volverse, sus ojos sólo se fijaron en Sonia. En las rodillas, en las caderas y en todo lo demás de ésta. Pareció descender de otro planeta cuando se dio cuenta de que ella estaba acompañada ya por un hombre.

Se llevó la mano a la gorra, saludando con cierta negligencia.

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró.

—¿Por qué?

—Lo pregunto y me basta.

Mostré la documentación de Oakland. Eso de funcionario de la Casa Blanca, enterneció al policía. Yo fui ganando aplomo, al ver que no estaba allí por nosotros, sino por otra cosa.

—Perdone que le haya molestado —dijo el policía, cambiando

de tono—, pero es que me han encargado vigilar la casa del senador.

—¿Es que ocurre algo?

—Se han cometido una serie de crímenes por aquí. Una serie de muertes inexplicables. Varios cadáveres han aparecido hace poco, junto a una mina abandonada, y cuando una cosa de esas ocurre, se da protección a todas las personalidades importantes de la comarca. Pura rutina.

Me saludó, siguiendo su paseo de vigilancia.

Miré hacia arriba, hacia la parte alta de la casa, suspirando con alivio.

También fue pura casualidad hacer eso. No miré hacia arriba por ninguna razón especial; también podía haber mirado hacia un costado sencillamente. Pero fue entonces cuando vi o me pareció ver aquella sombra en una de las ventanas superiores. Aquella silueta negra, que nos estaba acechando.

Inmediatamente desapareció.

Incluso llegué a creer que era una visión, una fugaz alucinación de mis sentidos.

Pero no; la silueta negra había estado allí. Y en el lugar donde la vi, rebrillaba ahora la luz de la luna.

El agente murmuró:

—¿Qué pasa?

—Nada. Absolutamente nada. Perdone.

Subimos al porche, y llamamos a la casa. Tuve una gran sorpresa al no abrirnos ninguna sirvienta, sino la propia Ellen.

Lo primero que hizo fue dirigir una mirada a Sonia, y medirla de arriba abajo. Pareció preguntarse quién era más apetitosa, si ella o la desconocida que ahora estaba en el umbral. Yo, lo confieso, tenía un ojo clavado en cada una. Quizá nunca había visto dos mujeres tan distintas y tan atractivas a su modo. Ellen era la distinción, el señorío, la gracia; Sonia, la tentación y la fuerza.

Luego, Ellen me miró a mí.

—¿Qué quieres ahora? —me preguntó.

—Deseo hablar con el señor Kingston.

—¿Otra vez?

—Otra vez. Lo que he de decirle es de la mayor importancia.

—Está bien. Lo encuentras levantado, por verdadera casualidad.

Estaba mirando, en la televisión, el último boletín de noticias.

Kingston, en efecto, llevaba ya ropa muy ligera, y una bata encima. Me recibió con la mala cara que es de suponer, pero su expresión se dulcificó al ver a Sonia.

—¿Qué quiere ahora, Oakland? ¿No le di a entender, la otra vez, que no era bienvenido a esta casa?

—He de hablarle, señor Kingston.

—Ya lo supongo. ¿Y ella? ¿Qué hace aquí?

—Hace bonito, señor Kingston.

El senador se amansó cuando Sonia tomó asiento. Sí, hacía bonito, efectivamente. Sobre todo, cuando ella se sentó con la mayor desenvoltura, cruzó las piernas y demostró que sus botas hacían juego con lo de más arriba.

Yo me senté también.

—Voy a hablarle sin rodeos, señor Kingston —dije.

—¿Qué quiere?

—Le he dicho antes que el fiscal general pretendía tener una entrevista con Haifa, y usted se ha negado. Muy bien. Pero ahora vengo por mi cuenta. He de ofrecerle algo, que le interesará.

Kingston me miró con curiosidad.

—No puede interesarme nada suyo, señor Oakland.

—Cambiará, cuando se lo diga. Es una lista secreta, elaborada por los altos servicios de investigación de la presidencia del país. Contiene una serie de nombres de individuos que van a ser detenidos dentro de muy poco. Todos son colaboradores del señor Haifa, e incluso no estoy muy seguro de que este personaje no figure también en ella.

Kingston palideció.

Pero se había rehecho del todo unos segundos más tarde, cuando me dijo fríamente:

—Está calumniando al señor Haifa, Oakland. Puedo denunciarlo a la policía.

—Hágalo. Precisamente, tiene un agente ante la puerta. Llámelo, y yo le entregaré el microfilme. Me costará unos años de cárcel, pero todos ustedes se irán al infierno. Las detenciones se acelerarán.

Vaciló. Empezaba a perder la serenidad que le confería su cargo, y ahora era un pobre hombre acorralado, que no sabía hacia dónde mirar.

Comprendí que aquel cargo le venía ancho. Haifa debía haberlo hecho elegir senador porque era un hombre fiel, pero no tenía carácter. Adiviné que se derrumbaría con facilidad.

—¿Qué sabe de Haifa? —musitó.

Le expliqué todo lo que la propia Sonia me había relatado, momentos antes.

Noté que Kingston iba palideciendo más y más, a cada palabra mía.

Sus manos temblaban.

—Se expresa con mucha seguridad —me dijo cuando terminé, intentando parecer sereno—. Habla como si todo fuera verdad.

—Puede creerme o no. Pero, si no me cree, los nombres que figuran en la lista serán, dentro de unas horas, los de unos pobres encarcelados.

—¿Puedo verla?

—Claro que sí, Kingston.

Hice una seña a Sonia. Resultó que ella ocultaba el microfilme en el mismo sitio que Coretta Harris.

Se arrancó también uno de los botones de su liguero, cosa que nos hizo parpadear a los dos.

—Una simple lupa le bastará para leerlo —musité.

Fue a buscarla, y examinó el microfilme. Los nombres que aparecieron ante sus ojos, le hicieron enrojecer. Durante largos minutos, permaneció pensativo. Los brazos le cayeron sin fuerza a lo largo del cuerpo.

Un hombre con más temple me hubiera echado con cajas destempladas de allí, mientras reflexionaba, Y pocas horas después, me hubiera hecho una oferta por medio de terceras personas, quedando él en la sombra.

Kingston no lo hizo así. Me dio la sensación de que no estaba tan maleado como los otros del mismo clan. Además, aquello le había pillado por sorpresa, de modo que se le veía hundido.

—Ahora ya conozco los nombres —musitó—, puedo decir a esa gente que huya, sin necesidad de comprar la lista.

—Cierto, pero en ese caso, yo telefonearé a los servicios secretos de la Casa Blanca, diciendo que esa lista de sospechosos ha sido robada, y que deben actuar con la máxima celeridad para detenerlos. Le aseguro que ni un solo pájaro tendrá tiempo de

emprender el vuelo. Y si usted no me permite salir de esta casa, telefoneará otro en mi lugar, Kingston. Todo está preparado. Cierto que arriesgo unos años de cárcel, pero eso es lo único que tengo para perder.

Mi discurso le convenció. Únicamente me hizo dos preguntas más:

—¿Es usted un funcionario infiel, Oakland? ¿Engaña a Garrison?

—Por dinero, yo engaño a quien sea —dije cínicamente—. Pero la que ha hecho el trabajo es Sonia. En ese caso, yo soy sólo un comisionista, que avala la calidad de la mercancía.

—¿Cuánto pide por ella?

Solté un precio que me pareció bajo, para que mordieran bien.

—Veinte mil «machacantes». Al contado y en billetes. Nada de talones bancarios, aunque sean avalados.

Descolgó el teléfono. Fue una imprudencia, pero estaba tan desmoralizado, que la cometió.

Marcó un número de la propia ciudad de Nueva Orleáns.

—¿Haifa? —musitó, cuando le contestaron.

Yo no podía conocer las respuestas del otro, pero era fácil deducirlas, por lo que decía Kingston.

—Tengo aquí una información, por la que piden veinte mil dólares, al contado y en billetes. Es una lista de personas de la organización que están a punto de ser detenidas.

—¿Que quién me la ha ofrecido? Un funcionario que está en contacto con la oficina del fiscal general. Se llama Oakland.

Esta vez tampoco oí las palabras, pero sí el rugido que lanzó Haifa a través del cable.

Kingston palideció.

Mientras escuchaba, me miró como si yo fuera un fantasma.

De pronto, la comunicación se cortó.

Kingston colgó el auricular, con mano temblorosa.

Lo que había ocurrido era fácil de imaginar. Yo sabía que la aventura no podía terminar de otro modo.

Kingston me miraba nerviosamente desde el otro lado de la mesa.

—Haifa dice que usted es un farsante —musitó.

—¿Y cómo lo sabe?

—Él tenía un agente llamado Singer. Usted le engañó una vez, y

Singer recibió la orden de matarle. Pero fue él quien tuvo que meterse de cabeza en el río, con varias balas en el cuerpo.

—Sí —dije lacónicamente.

—Usted es un tipo con el que Haifa sueña. Sueña con matarle, naturalmente.

—Mató a mi amiga —dije con suavidad—, pero conmigo no ha podido… aún.

Kingston estaba asombrado. Sin duda, nunca se había encontrado ante tipos que le hablaran así. Él vivía de la política sucia, pero los métodos violentos quedaban para otros. Cuando él llegaba, todos los estorbos habían sido eliminados ya. Andaba por encima de los muertos, sin verlos. Mi lenguaje le desconcertaba.

—No le entiendo, Oakland —balbució.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Un tipo como usted resulta absurdo. El enemigo mortal de Haifa y de su gente. ¿Y trata de colocarle a él, por tercera vez, una mercancía falsa?

—Yo no he tratado de vendérsela a Haifa, sino a usted. Creí que le engañaría. Pensé que me pagaría los veinte mil, sin antes consultar a Haifa.

—Ya ve que se ha equivocado, Oakland.

—Sí. Me equivoqué con usted. Ya veo que su cargo de senador se lo regalaron, y usted lamió las manos del que se lo daba. Creí que era una figura principal, pero veo que es un esclavo, Kingston.

Mis palabras le hicieron enrojecer. Todos sus músculos sufrieron una sacudida.

Adiviné que quizá había ido demasiado lejos, y me preparé. Me puse en guardia, sobre todo cuando le vi sacar el revólver del cajón central de su mesa.

Pero, pese a todo, no moví un músculo, cuando me apuntó.

Ni parpadeé cuando fue cerrando el dedo sobre el gatillo.

Son gajes del oficio. En el mío, uno tiene que aguantar el tipo ante las mujeres y ante los revólveres.

Mala cosa.

Sobre todo, ante las mujeres. Lo juro.

CAPÍTULO IX

El tipo se me derrumbó, antes de disparar. Kingston se convirtió en un flan, en un plato de natillas amarillentas y escuálidas. Dejó el revólver sobre la mesa, y se puso a temblar espasmódicamente.

No sé qué demonios de tempestad interior debía sacudirle, porque la verdad es que yo no había movido ni un dedo para asustarle.

—Oakland —musitó—, usted es un perro, pero no quiero que ocurra lo que va a suceder.

—¿Qué va a suceder?

No tuvo tiempo de decírmelo. En aquel momento, sonó el teléfono.

Lo descolgó, y miró el microfilme con la lupa. Fue leyendo, uno a uno, los nombres que figuraban en la lista.

Luego, clavó en mí sus ojos, mientras colgaba.

—Ya está hecho —dijo—. Haifa me anunció que me llamaría uno de sus hombres. Es el experto en fugas.

—Van a largarse los tipos de la lista, ¿eh?

Kingston rió silenciosamente.

—No sea niño, Oakland. De sobra sabemos que esa información es falsa. Puede que haya algún nombre auténtico, pero los demás, no. Usted ha amañado esa lista, mediante una serie de trucos fotográficos, muy bien hechos. Quería vendemos material inservible, como la otra vez. Y ha pensado que, puesto que yo no le conocía, soltaría los veinte mil «pavos», y le dejaría marchar.

No contesté, lo cual era como dar la razón a sus palabras.

—Pero no caeremos en una trampa tan tonta. Precisamente, los que se hallan en esta lista son los que no corren peligro alguno. Emprenderán el vuelo los otros, y además, lo harán

inmediatamente. Usted no cobrará, Oakland, pero nos ha dado un magnífico aviso.

—Parece que eso no le produce demasiada alegría —musité.

—No, no me la causa, porque sé lo que va a suceder ahora. Tratan de eliminarle, Oakland. Algunos gorilas de Haifa ya están camino de esta casa. Mi misión es retenerle aquí hasta que ellos lleguen.

Parpadeé. No sentía ningún miedo, a pesar de todo. Estaba acostumbrado a situaciones parecidas, pero me extrañó que me hablara con aquella franqueza.

Y entonces me di cuenta de hasta qué punto estaba Kingston derrumbado. De que, en realidad, era un hombre al que no habían maleado del todo, que aún se podía salvar.

—Puede que con esto hunda mi carrera, Oakland, pero no voy a consentir un asesinato ante mis narices. Ni voy a ser cómplice de él, aunque lo cometan fuera. Lárguese, Oakland. Váyase de aquí, y no vuelva. Y hágame caso pronto, antes de que los hombres de Haifa lleguen, porque no pueden tardar.

Comprendí que era un buen consejo.

Cualquier otro se hubiera largado a toda velocidad, pero yo no lo hice. Yo seguí mirando fijamente a Kingston.

—Haifa le hizo elegir porque usted era un hombre de su confianza, ¿no?

—Por favor, lárguese.

—No voy a irme aún, Kingston. Antes, le diré una cosa: usted no debiera estar entre esa pandilla de asesinos. No me explico ni cómo llegó a entrar en el grupo.

—Tuve una razón.

—¿Cuál?

—No me la pregunte. Sólo le diré que fue una razón muy poderosa.

—Le diré otra cosa. No entiendo para qué le ha podido servir usted a Haifa.

—Le he sido muy útil.

—¿En qué?

—No he matado a nadie. No he apresado a nadie, tampoco. Pero le he sido muy útil.

—Dígame en qué, Kingston. Y acláreme también por qué razón

se lió con esa gentuza.

No me contestó.

Yo, entonces, ignoraba que la razón estaba clara, que la tenía casi al alcance de mi mano. Pero las cosas que están muy cerca son las que menos se ven. Casi podía tocar la solución de todo, y no lo sabía. Decidí entonces quedarme allí hasta alcanzar alguna conclusión, hasta llegar a lo más hondo.

Pero hubo algo que me hizo cambiar de opinión: fue Sonia.

Si yo me quedaba allí, si era atrapado por los hombres de Haifa, Sonia también moriría.

Me puse en pie.

—Vamos a largarnos de aquí, muchacha.

Nos acercamos a la puerta, sin que Kingston hiciera nada para impedirlo. Cuando estábamos en el umbral, le dije:

—Tendré en cuenta lo que ha hecho, senador. Si en algo puedo favorecerle, lo haré.

Aquellas palabras no eran ya las de un funcionario que vende los secretos de sus jefes, sino las de un investigador. Pero Kingston ni siquiera se dio cuenta.

En la entrada principal de la casa encontré a Ellen.

Ellen también estaba pálida. Sospecho que se había enterado de todo o al menos lo sospechaba. Me miró también como si yo fuera un fantasma.

—Nena, te aconsejo que le digas una cosa a tu jefe —murmuré.

—¿Qué he de decirle?

—Que se largue cuanto antes. Las cosas se van a poner feas para él. Y me disgustaría mucho que a ti te ocurriera algo.

—¿Por qué lo lamentarías?

—¿No lo adivinas?

Usted, amigo lector, ya se habrá percatado de que yo no pierdo ocasión. De que me trabajo a una señorita, aunque delante tenga otra.

Sonia me dio un codazo.

—¿Qué papel pinto aquí yo? —musitó.

—Tú estás en reserva, nena.

—¿Por si falla ella?

—Exacto, pero no te hagas ilusiones. Porque no fallará.

Tengo la sospecha de que las dos fueron a atizarme a la vez. Y

me temo que entre ambas me hubieran partido la cara.

Pero en este momento se detuvieron, como cesaron también mis pensamientos. Porque oímos un grito agónico, gutural, un terrible alarido de muerte.

CAPÍTULO X

El grito había sonado en el exterior de la casa. Di un salto, me olvidé instantáneamente de las dos mujeres (lo que no vaya usted a creer que es fácil), y me dirigí hacia allí.

El alarido acababa de oírse a un lado de la casa.

Lo había lanzado un hombre, de eso no tenía duda. Oí como un ruido fantasmal, el de mis propias pisadas, sobre las losas del porche. Y al doblar la esquina, vi «aquello».

En realidad, no debió haberme sorprendido. El guardaespaldas que me asignó el fiscal Garrison también había muerto de la misma manera. Pero me dejó helado ver al policía así, debatiéndose aún en los espasmos de la agonía, mientras trataba de arrancarse el finísimo cable de acero que le habían anudado en el cuello, y que penetraba en su carne hasta casi llegar al hueso.

De pronto, dejó de moverse, sin que yo pudiera ayudarle.

Tuvo un último espasmo, y quedó quieto. Lo habían estrangulado de una manera fría, perfecta, implacable.

Me estremecí.

El asesino, fuera quien fuese, aún tenía que andar cerca.

Vi una de las puertas laterales de la casa, que oscilaba suavemente. Debía haber huido por allí. Entré, sin pensar en las posibles consecuencias.

Y la verdad fue que estuve a punto de pagar eso muy caro. Sólo mi instinto de hombre perfectamente entrenado, me salvó. Eso y el leve jadeo que oí a mi lado.

Yo no tenía tiempo de volverme ni de hacer nada. Lo único que me aconsejó mi instinto fue ponerme una mano delante del cuello.

De ese modo, el fino cable de acero penetró en mi mano, no en mi garganta. Y aun a costa de causarme una larga herida, conseguí

arrancarlo, antes de que pudieran anudármelo a la espalda.

Noté detrás de mí una respiración agitada, caliente.

Era un jadeo que recordaba a la de una bestia al acecho.

Me pude volver, y entonces me di cuenta de que estaba junto a un recodo. Ese recodo que había servido al asesino para ocultarse, le estaba sirviendo también para huir. Y lo único que vi fue el vuelo de una falda negra, una falda muy larga y pesada, que casi se arrastraba por el suelo.

Parpadeé, asombrado.

No se trataba de un asesino, sino de una asesina. O al menos, de alguien que iba vestido de mujer. Traté de ir tras ella, pero me encontré más allá del recodo con un pasillo, donde imperaban las sombras. Notaba aquella respiración afanosa en todas partes. Detrás mío, a mis costados, delante. Parecía surgir de las mismísimas paredes. Me di cuenta de que aquello podía ser una trampa mortal para mí, pero seguí adelante.

Estaba seguro de mí mismo cuando eché a correr por aquel pasillo. Cuando me hundí en las sombras, buscando el rastro de aquella especie de fiera negra.

Una zarpa pequeña, rápida, surgió entonces de las sombras. Estaba a mi izquierda, y empuñaba un largo estilete. Si pude esquivarlo fue solo porque estoy entrenado para situaciones de tal clase.

El estilete pasó ante mi cuello, y luego se perdió en la oscuridad.

Conseguí asir la mano. Y tuve la sorpresa de comprobar, al tacto, que era una mano dura y huesuda, pero pequeña. Se trataba, sin duda, de la mano de una mujer.

Tanteé con la izquierda.

Y palpé fugazmente su rostro gastado, arrugado, que tenía un tacto de pergamino viejo. Aun sin ver aquel rostro, adiviné sus ojos saltones y demoníacos. Creí ver su piel gastada. Me pareció tener ante los ojos un retrato, donde estaban las facciones de una momia.

Pero esa impresión duró unos breves segundos. Inmediatamente, mi mano izquierda palpó el vacío. La momia se había escurrido.

Supuse que en aquel maldito pasillo habría alguna luz. Si lograba dar con el conmutador todo estaría resuelto. No en vano llevaba mi «Luger», en la cual seguía confiando ciegamente.

Tanteé las paredes, buscando el conmutador.

Pero en la pared sólo encontré una puerta. La empujé sin querer. La puerta cedió.

Me encontré entonces en una habitación iluminada, donde no estaba ciertamente la persona que yo andaba buscando.

Nada de rostros apergaminados. Nada de faldas negras.

En el interior había dos tipos jóvenes, armados con dos metralletas. Y puedo jurar, por todas las mujeres que he amado, que las máquinas tenían todo el aspecto e funcionar maravillosamente bien.

La puerta se cerró a mi espalda.

CAPÍTULO XI

Yo no recordaba haber visto nunca a aquellos dos hombres, pero sí al que entró inmediatamente después, en la habitación. Este último era un fulano alto, grueso, de unos cincuenta y cinco años. Vestía ostentosamente.

Normalmente, aquel tipo aparecía retratado en los periódicos y revistas cada cuatro años, pero entonces se despachaba a gusto. Era uno de los caciques más notables del Sur. Haifa hacía y deshacía a su gusto. Daba influencias y votos, y retiraba ambas cosas cuando le convenía. Un candidato a la presidencia de Estados Unidos de determinada tendencia podía despreciar a Haifa en su fuero interno, pero no podía permitirse el lujo de estar a malas con él.

Ahora, amparado por las dos metralletas de sus compinches, me miró socarronamente.

Para él, aquella situación no era nueva. Para mí tampoco, pero no me hacía ninguna gracia estar al otro lado de los gatillos.

Fue Haifa quien murmuró burlonamente:

—No te conocía, Oakland. Ha sido un honor.

—Yo, en cambio, sí que te conocía a ti, Haifa. Y ha sido un asco.

Se estremeció. Seguro que nunca le habían soltado cosas así, delante de sus narices. Sus facciones se volvieron de color escarlata.

—Suelta tu arma —dijo secamente.

Adiviné que no estaba dispuesto a perder demasiado tiempo conmigo. El tiempo es oro hasta para despachar al prójimo que molesta.

—Claro que sí, Haifa.

Y fui a llevar la mano hasta la funda axilar, dispuesto a intentar cualquier locura. Pero él lo adivinó:

—Un dedo solamente, Oakland. Con el índice tiras hacia arriba

de la culata.

No tuve más remedio que obedecer. La pistola salió de la funda, y resbaló hasta el suelo, donde produjo un sonido metálico parecido al de las campanas de mi propio funeral.

Después de esto, Haifa se sintió más tranquilo. Podía permitirse el lujo de emplear unos segundos conmigo, aunque sólo fuera para saber el terreno que pisaba.

—¿Quién está detrás tuyo? —preguntó.

—Nadie.

—¿Trabajas con Jim Garrison? ¿O con el propio fiscal general de Estados Unidos?

—El Gobierno me ha enviado aquí.

—A otro no le creería, pero a un perro como tú le creo —dijo con desprecio.

—¿Por qué?

—Eres la clásica hiena que da unos cuantos golpes solitarios, pensando que no le atraparán —masculló—. Calculabas engañarnos dos o tres veces, y reunir unos cien mil dólares. Eso, para un don nadie como tú, era bastante. Podrías comprarte un coche último modelo, y perseguir a las chicas una temporada, sin reparar en gastos. Por eso te digo que creo lo que me dices. Has actuado solo. Pero no nos engañas con tus malditas listas trucadas, pobre idiota.

Yo pensé que en este caso el gran idiota era él, porque no sospechaba ni remotamente mi verdadera personalidad. Pero tenía que seguirle el juego, ya que él disponía de dos «razones» que me estaban apuntando a la cabeza. De modo que no moví un músculo de la cara, ni discutí sus opiniones.

Hizo un gesto de desprecio.

—Yo mismo estaba en la lista —masculló—. ¿Piensas que voy a tragármelo? Ni yo escapo ni escaparán mis principales colaboradores. Pero imagino que los que sí están en la verdadera lista son gente de segunda categoría, comparsas a los que la policía termina por fichar. Ésos sí que están huyendo en estos momentos, para que no haya peligro de que los detengan y se pongan a cantar ópera. De modo que nos has hecho un favor, Oakland. Pero te va a servir de poco…

Y dijo a sus hombres, como si les concediera permiso para matar a un perro sarnoso:

—Luego, le haremos desaparecer. De momento, podéis darle gusto al gatillo, muchachos.

Los dos rieron.

Tenían ya los dedos sobre los disparadores, de modo que sólo necesitaban moverlos un poco.

Pero en aquel momento sucedió algo, o al menos le ocurrió a uno de los que estaban apuntando.

Muchas veces he recordado a aquel pobre muchacho. Tenía cara de hiena, pero ¿qué quieren que les diga?, yo me derrito por los que tienen cara de animal. Aún recuerdo los ojos que puso, cuando aquella bala le entró por la nuca; Unos ojos parecidos a los que debí poner yo, que estaba tan asombrado como él.

No llegó a disparar.

Cayó de bruces pesadamente, enterándose sólo a medias de que moría. En cuanto al otro, cometió el error de volverse un poco, queriendo averiguar quién era el que había disparado.

Y se enteró. Pero lo supo cuando ya tenía una bala clavada en la cabeza.

La persona que me estaba ayudando era silenciosa, implacable, eficaz.

Sin ella, yo ya estaría más muerto que aquellos dos hombres, porque me habrían cosido materialmente a balazos.

Haifa lanzó un chillido.

Sin la ayuda de las dos metralletas, se transformó de repente en una gruesa rata de alcantarilla, en un roedor de segunda categoría, que sólo pedía un rincón bien oscuro para esconderse. No esperó a que yo tomara una de las metralletas de los muertos.

Saltó hacia una puerta lateral, con una agilidad que yo no hubiera sospechado en él. Una bala le siguió, pero solamente logró deshacerle una de las hombreras de su impecable traje. Cuando yo logré asir una de las armas, él ya había desaparecido.

Le seguí.

Me interesaba capturarle vivo, no muerto, porque en mi país no se puede matar impunemente a un hombre como Haifa. Podrían matar al presidente, pero a un viejo cacique y politicastro como él, no hay quien lo toque.

Me encontré de nuevo en otro pasillo oscuro. O aquella parte de la casa siempre estaba sumida en tinieblas, o alguien había tenido

interés en apagar todas las luces. Me di cuenta entonces de que mi silueta se recortaba a la luz de la habitación, y me arrojé a tierra.

Lo hice a tiempo porque, de lo contrario, Haifa me hubiera baleado a placer. Sus dos proyectiles pasaron por encima de mi cabeza. Vi los fogonazos y pensé que nada sería tan fácil para mí como cribar a balazos toda la zona, convirtiéndola en un colador. Pero no podía, permitirme el lujo de matarle, sin tener buenos testigos de por qué lo había hecho.

—¡Quieto, Haifa! —grité—. ¡Quieto o te relleno de plomo!

Una puerta se abrió, y se cerró confusamente ante mis ojos, al final del pasillo. Haifa acababa de evaporarse.

Iba a seguirle todavía, cuando oí aquella voz:

—Has pasado por un mal momento, ¿eh, Johnny?

Me volví. Era Sonia. Llevaba en la derecha la pistola todavía humeante, con la que había hecho los dos disparos.

—Si no llega a ser por ti, ahora estaría convertido en una criba —mascullé.

—No se habría perdido gran cosa.

Pese a esa ironía, le dije que le estaba muy agradecido, y que haría cualquier cosa por ella. Lo de «cualquier cosa» no le gustó. Enseguida imaginó qué era lo que haría.

—No quiero que ese tipo huya —murmuré—. Ahora tenemos una buena ocasión para acabar con él. Sólo con lo que ha ocurrido aquí, hay base legal para que le metan veinte años en la cárcel.

Sonia estaba muy tranquila.

—Es cierto —dijo.

—Entonces, ayúdame a capturarlo. Vamos cada uno por un lado distinto de la casa.

—Y si le vemos, ¿qué? ¿Disparamos contra él?

—Sólo para herirle.

Sonia no se movió.

Su tranquilidad me seguía pareciendo pasmosa.

—Bueno, ¿a qué esperamos? —murmuré.

—No hace falta, Johnny.

—¿Qué tratas de decir? ¿Que no es preciso atraparlo en caliente, cuando aún podemos demostrar lo que ha estado haciendo?

—Ahora Haifa está perdido. Está hundida toda su organización. Lo que va a salir de aquí es algo que no puedo imaginar aún, pero

que marcará una etapa en la historia de nuestro país. Durante varios años al menos, ya no habrá posibilidad de que se produzcan otros asesinatos políticos como los que han caracterizado esta época.

La miré con asombro, sin comprender bien lo que quería decir. Claro que ella tenía la ventaja de venir de Washington, donde le habrían dado explicaciones que a mí, hombre de acción, no me dieron nunca. Pero, aun así, su seguridad me pareció incomprensible.

—¿Por qué estás tan segura de que Haifa se ha caído con todo el equipo? —susurré.

—Porque todo ha sido preparado para que cayera. Y porque tú has tenido una parte decisiva en ello.

—No acabo de entenderte. Explícate.

—Tú sabes que Oakland había entregado informes falsos a Haifa, por medio de Singer. Y que los cobró a buen precio.

—Sí. Y sé también que Oakland y Singer están muertos.

—Como comprenderás, Oakland era un tipo condenado a muerte. Si no llega a romperse la crisma con su coche, los pandilleros de Singer hubieran acabado con él. Y he aquí que Oakland tiene la osadía de presentarse otra vez. Y de decir que posee una nueva lista.

Me pasé una mano por la boca.

—¡Cuerno!; el que tuve la osadía fui yo, Y sin saberlo.

—Son cosas de tu bonito oficio, Johnny.

—Entonces, que mi bonito oficio se vaya al infierno.

—Deja que continúe. Ahora, debes saberlo ya todo. Coretta Harris había tanteado el terreno, tratando de colocar la mercancía. Naturalmente, los hombres de Singer le dijeron que sí, pero no porque ese asunto les interesara, sino porque así iban a tener ocasión de liquidarles a los dos. En efecto, os citaron y ya sabes lo que ocurrió.

—Lo sé demasiado bien.

—Pero aún quedaba por realizar el último acto, el más difícil. Tú, en tu papel de Oakland, debías tratar de insistir otra vez. Ahora intentabas engañar a Kingston, como si pensaras que él no iba a avisar a Haifa. Pero era lógico que le avisara, y estaba previsto así. Haifa, naturalmente, pensó dos cosas: una, que la lista que tratabas

de vender era falsa como la anterior. Y otra, que ahora sí que iba a enviarte al otro barrio.

—Pues ha estado a punto de conseguirlo —murmuré, de mala gana—. ¿Y de qué ha servido transmitirle una lista falsa?

Sonia cerró los ojos.

—Ésa era auténtica —dijo con un soplo de voz.

Lancé un respingo. De repente, lo comprendí todo. De pronto, supe que, en efecto, Haifa estaba listo. Por primera vez en su vida, se había caído de verdad. Ahora, iba a ser posible atraparle con pruebas.

Sonia continuó:

—Ha hecho huir a comparsas de segunda fila, mientras que él y sus principales gerifaltes se quedaban. Todos estarán en sus casas, cuando la policía vaya a buscarles, y con pruebas… La red de teléfonos de la organización estaba intervenida, pensando en este momento. Las conversaciones, las órdenes de huida, las consignas para que nos liquidaran, todo ha sido captado por un tribunal, y él y su gente serán condenados, entre todos, a unos mil años de cárcel. Eso, si alguno no va a parar a manos del verdugo… Porque tú y yo, como agentes del Gobierno, podremos declarar acerca de sus verdaderos métodos. Y, para que nada falte, el hombre que viene con nosotros, y que se ha quedado en el coche, ha captado, provisto de equipo especial de detección, todas las conversaciones sostenidas en esta casa.

Hice un gesto de afirmación, comprendiendo muy bien lo que había querido decirme Sonia.

El plan era casi perfecto, pero le faltaba algún detalle. Los tribunales son muy meticulosos, en según qué cosas. No sería fácil hacer encerrar a Haifa, sólo por unas conversaciones grabadas en cinta.

Sonia pareció adivinar mis pensamientos.

—Estoy de acuerdo contigo —susurró—. Quizá nos hiciera falta algo más, una prueba más material para llevar a esa gente ante un jurado, con plenas garantías de éxito.

Sí, eso era cierto.

No hacía falta devanarse los sesos mucho para comprender que una prueba de esa clase lo decidiría todo.

Pero ¿dónde encontrarla?

¿Quizá haciendo declarar a Kingston?

Sí, ésa sería una prueba contundente de verdad. Pero debía haber otra… Yo tenía la sensación de haberla rozado, de haberla visto. La extraña y oscura impresión de haber pasado junto a ella.

Y de pronto, chasqué los dedos.

Claro, ya estaba.

¡Tenía que habérseme ocurrido antes!

¡La prueba estaba allí, en aquella casa!

¡Era la puerta negra!

CAPÍTULO XII

—¿Qué te pasa? —murmuró Sonia—. ¿Por qué te ha cambiado la cara de ese modo?

—Tengo algo que lo decide todo —mascullé.

—¿Qué es?

—No preguntes, ahora. Ven conmigo.

Salimos de aquella habitación para dirigirnos otra vez a la parte exterior de la casa.

Fuimos en dirección a la entrada principal, donde no se oía ni un solo rumor. Me extrañó eso, porque era incomprensible que la servidumbre no se hubiera despertado, con todo aquel jaleo. O quizá no había servidumbre, por la noche… ¿Era eso posible, en una casa tan grande? ¿Resultaba lógico que Kingston tuviera criados solamente de día?

Claro, resultaba lógico.

Ahora lo entendía todo, con una siniestra claridad.

Mis suposiciones se confirmaban.

De día, aquélla era una casa normal, pero de noche todo cambiaba, y convenía que no hubiera testigos, que nadie lo viese. Los únicos que podían saberlo eran Kingston y Ellen.

Porque de noche, por las enormes habitaciones de aquella casa, se paseaba el horror…

Hice una seña a la muchacha.

—Allí está el coche de Haifa, Sonia.

—Ya lo veo. Junto a la ventana.

—Seguro que tratará de llegar hasta él para huir. Apostaría a que lo intentará, precisamente por esa ventana. Apunta, y no vaciles en agujerearle una pierna, si es necesario. Yo iré por el interior.

Lo acordamos así. Mientras Sonia apuntaba, oculta en un recodo, tras haber tomado la metralleta de mis manos, yo me dirigí hacia el interior de nuevo, tomando su pistola.

Rodeé la casa, que ya empezaba a conocer un poco bien, hasta llegar a la habitación a la que daba aquella ventana.

No me equivocaba al pensar que el granuja de Haifa trataría de llegar hasta allí. Cuando entré, a tientas, en la habitación que estaba a oscuras, vi su silueta, sin hacer ruido, sin que nadie lo notase. Yo me fui deslizando en silencio hacia él.

Avanzaba con la rapidez y el sigilo de un gato. Me preparé para el salto que me iba a permitir caer encima de aquel bicho. Contraje mis músculos.

Pero algo saltó antes que yo. Algo que había estado acechando entre las sombras, algo que tenía una respiración caliente, como de animal al acecho, una figura negra, que también se había estado moviendo entre las sombras, saltó hacia el fugitivo.

No tuve tiempo de preverlo porque ignoraba que ella estaba allí. Sólo vi el agudo estilete brillar en su mano derecha. Sólo oí su grito animal, salvaje, de fiera que salta sobre la presa.

Haifa tuvo apenas tiempo de volverse.

De su pistola brotaron dos fogonazos. Y lanzó un grito ronco, al ver que aquella sombra negra se abatía sobre él.

El estilete se movió. Lo vi como si fuera una alucinación. Distinguí su brillo, mientras rasgaba el aire una, dos, tres, veces.

El grito de Haifa llenó el aire.

Mis facciones debían haberse vuelto de color gris, pero lo que yo pensara o sintiera poco importaba, en aquel momento.

Comprendí instintivamente que nada podía hacer ya. Los dos bultos negros y espantosamente quietos junto a la ventana eran más elocuentes que todas las palabras. Fui hacia la puerta de la habitación, que estaba entreabierta, y, con gestos maquinales y lentos, encendí la luz.

Mi trágica impresión del primer momento se confirmó. En efecto, vi las facciones apergaminadas, los ojos pequeños, diabólicos, que incluso en el rigor de la muerte seguían teniendo una siniestra fosforescencia. Vi el vestido negro y anticuado. El estilete clavado hasta el fondo del corazón de Haifa.

Me costaba trabajo respirar.

Muchas cosas se habían resuelto, con aquello, pero la muerte lo llenaba todo, me envolvía. Me causaba una especie de náusea.

Oí entonces un gemido a mi espalda.

Ellen estaba apoyada en una de las jambas de la puerta, llorando quietamente. Me di cuenta de que vacilaba, de que estaba a punto de caer. La sostuve en mis brazos.

Yo soy un caballero. Yo siempre sostengo a una dama, cuando va a caerse.

Algunas viejas han resbalado entre mis dedos y han caído de verdad. Con otras, he hecho el gesto, pero no he llegado a tiempo. En cambio, de las jóvenes, no se me escapa ni una. Cuando las sujeto, tienen que despegarlas de mí con una grúa. Pero no vaya usted a sacar de esto conclusiones aventuradas, porque haría bien, digo mal.

Así sujeté a Ellen. Así, de forma que la pobrecilla no se cayese.

Con un soplo de voz, murmuré junto a su oído:

—Es la madre de Kingston, ¿verdad?

—Sí.

—Su suicidio, en Nueva York, fue falso…

—No, no fue falso. Lo que ocurrió fue que quedó con vida, después de dispararse una bala en el cráneo. El médico que se ocupó del caso era íntimo amigo de la familia. Dijo que podría salvarse, pero que perdería la razón. Lo que nunca supuso nadie fue que llegara a transformarse en una loca tan peligrosa.

Añadió, con un soplo de voz:

—Odiaba febrilmente a todos los que no fuesen de la familia. En especial, a los agentes de la ley, a los hombres que habían venido a embargar esta casa, cuando los Kingston éramos pobres. Ese odio le hacía perder la poca razón que le quedaba. La obligaba a matar. El médico firmó el certificado de defunción, y permitió que la trajéramos aquí, recordando el privilegio que siempre gozáramos, los Kingston, de poder enterrar a sus muertos entre las paredes de su mansión. Se trataba de que tuviéramos encerrada a esta pobre mujer. Él trataría, mientras tanto, de curar su mente. Pero para evitarnos la vergüenza de exhibirla como una loca por manicomios y tribunales, firmó, como te he dicho, el certificado de defunción. Nos la trajimos aquí, pero todo fue inútil para tratar de curarla. Al contrario, cada vez se volvía peor… Con nosotros, no, con nosotros,

era débil y buena. Pero corría peligro todo aquel desconocido que se acercaba a la casa, porque ella creía que todos eran agentes judiciales que, como en otro tiempo, venían a llevarse los muebles de la familia, que no podía pagar sus deudas. De día estaba encerrada tras la puerta negra. De noche, volvía a ser la dueña de la casa.

—Por eso, de noche, se marchaba la servidumbre, ¿no?

—Así es.

—Y por eso Haifa, que había ayudado a los Kingston a volver a su antigua posición, que había hecho del heredero de la familia un político distinguido y que, además conocía la verdad, pensó en la puerta negra, ¿no? Supuso que tras ella podía estar oculto el dinero de la organización, todos los fondos procedentes de los mil delitos de Haifa, un dinero que era la prueba que le hundiría, y que la policía nunca pudo hallar. Está tras esa puerta, ¿verdad? Todo el sucio dinero de Haifa…

Ellen, que tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, lo giró hacia mí. Me clavó sus ojos dulces, suplicantes…

—Tú no eres un funcionario traidor —murmuró, comprendiendo de pronto—. Tú eres un agente de la ley…

—No andas muy descaminada, muñeca.

—Y ahora, vas a denunciarnos, vas a hundimos…

—No, Ellen, en eso te equivocas. Kingston se verá metido en un buen lío, y no hay duda de que perderá su escaño de senador, pero no irá a la cárcel. Demostró, sin lugar a dudas, que estaba arrepentido, cuando las cosas se complicaron para él. No es un criminal, sino un hombre sin voluntad, a quien esta horrible lección, dentro de unos años, le habrá resultado beneficiosa. Yo combinaré las cosas de modo que no le exijan demasiadas responsabilidades por lo ocurrido. En cuanto a ti…

La saqué de allí sin soltarla, porque una chica no se prestaba demasiado a los sentimentalismos, cuando tiene delante a dos muertos.

En la penumbra del pasillo, susurré:

—¿Por qué hemos de ser como dos extraños? Líbrate del ogro de tu jefe. No harás carrera junto a él. Ven a Nueva Orleáns conmigo. Te aseguro que…

Ella balbució:

—Por favor…

—¿Por favor qué? ¿Qué pasa?…

—Kingston no es mi jefe.

—¿Pues qué es?

—Es mi marido.

Una bomba estallando a mis pies no me hubiera producido más efecto. Quedé anonadado, hundido. No hizo falta que trajeran la grúa para separarnos. La solté.

—Lo siento —dijo—. Creo que tenía que confesártelo.

—Has hecho bien, muchacha. Y… lo siento yo más que tú.

La muñeca de carne, la chica que me había hecho temblar por fuera y por dentro, desapareció.

Salí de la casa.

La noche me parecía más siniestra, las estrellas, más lejanas, y el porvenir más triste.

Pero no estaba todo perdido.

Tenía a Sonia.

Sonia había hecho acercarse el automóvil descapotable, cuya suspensión trasera ya no podía más. Y es que cuatro muertos, amigo, pesan lo suyo. Me dije que tenía que entregar cuanto antes el coche a la policía, y explicar una montaña de cosas.

Sonia murmuró, adivinando mis pensamientos como siempre:

—La he telefoneado ya.

—¿A la policía?

—¿Tú qué crees, cariño?

—¿Y él? ¿Dónde está?

«Él» era el hombre del puñetazo, como usted, amigo, podrá suponer. El fulano a quien yo tenía ganas de aplastar las narices, en justa respuesta.

—Está en el interior de la casa, obteniendo fotografías, que servirán como prueba.

—Entonces, nosotros estamos solos…

—Sí.

—Y no tenemos nada que hacer…

—No.

Alargué las manos hacia su cintura.

—Pues entonces, ¿por qué no hacemos las paces? Porque tú y yo tenemos muchas cosas que hablar…

Se retiró.

—No tenemos nada que decirnos, Johnny.

—Oye, pequeña, yo…

—Si se entera mi marido, te atiza otra vez.

Quedé como electrizado.

—¿Tu… marido?

—¿Por qué crees que te pegó antes, so cínico? ¿Y por qué crees que nunca se separa de mí?

Me aparté poco a poco.

Demonios, otra vez me dolía el guantazo, como si hubieran vuelto a dármelo.

Me puse al volante del coche, y arranqué.

—¿Adónde, vas? —me preguntó Sonia—. ¡Llevas esto lleno de muertos!

—Precisamente. Me largo a la policía. Y al juez. Y a lo peor, me saco una licencia de matrimonio yo también…

Estaba furioso. Tomé mal la curva.

Y por poco, en vez de cuatro muertos en el coche, somos cinco.

Pero no pasó de ahí. Cuestión de suerte.

Tres días después, cuando ya la policía estaba interviniendo de un modo muy activo en el asunto, recibí una postal en mi apartamento de Nueva York. Era una postal perfumada, firmada por la deliciosa Ellen. Y decía:

«Querido idiota: He estado esperando inútilmente en Nueva Orleáns, creyendo que vendrías a buscarme. Al fin me he hartado, y me voy una temporada al extranjero, dispuesta a olvidarte. Cuando vuelva, ni me acordaré de ti. Y a lo peor, vuelvo casada de verdad. La policía me ha dado permiso para este viaje, mediante fianza.

»Creí que lo adivinarías. En aquel momento, deseaba no corresponder a tus caricias porque estaba muy triste y desmoralizada. Por eso te dije lo primero que se me ocurrió: que era la esposa de Kingston. Pero no lo soy, tonto, más que tonto: ¡soy su hermana!».

Dejé caer la tarjeta al suelo, y luego, el que caí fui yo.

Amigo lector: ¿le he dicho alguna vez, a lo largo de este relato, que soy un tío imponente?

Pues lo lamento mucho. Olvídelo. Lo retiro.

Y si sabe para mí un trabajito que no sea el de ahora, por favor,

escríbame con sello de urgencia.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

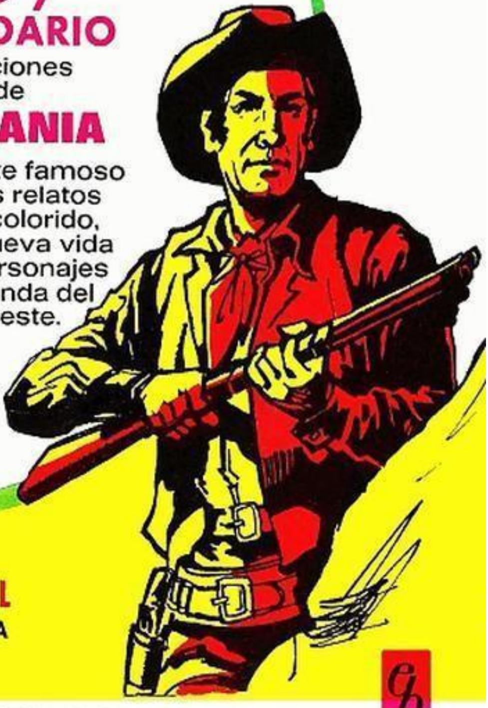
en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



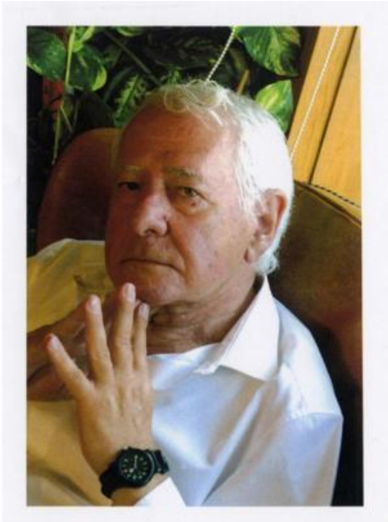
APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.